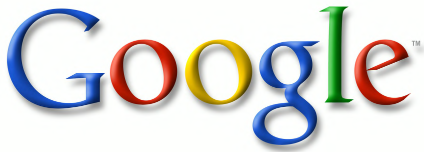


LA REVOLUCION

DE

GUATEMALA

POR

Federico Larrainzar



Edicion de La «Nacion»

MEXICO
VALLE HERMANOS, IMPRESORES
Calle de la Perpetua núm. 10

1873

LA REVOLUCION DE GUATEMALA.

I.

La historia de la América latina llena está de vicisitudes y catástrofes. Prólogo de una obra de sangre fué para ella la tranquilidad de trescientos años que duró el dominio español. Entre las revoluciones que han cambiado la faz de los Estados, ninguna como la de su libertad apareció en su orígen ménos favorecida de las circunstancias para obtener éxito completo y feliz.

Obediente, cual pocos pueblos, á la voz de un monarca que regia á miles de leguas este vastísimo Continente, veneraba una autoridad que no veia ni conocia, recibiendo pasivamente el impulso de la pequeña oligarquía peninsular, en la cual conservábase el espíritu de los conquistadores, que habian dado á su organizacion política el rumbo conveniente para hacerlo depender todo de sí, por manera que no pudiese fallar la accion de su poder sin la ruina del Estado.

Tres siglos de existencia colonial, destituida de todos los medios de adquirir la necesaria aptitud para el gobierno propio, no eran la mejor preparacion para proclamar de súbito una independencia, que trastornando las bases de la antigua Constitucion, no dejaba ver un solo punto de apoyo en que hacer descansar las que en su lugar debian sustituirse.

Cuán diferente fué la situacion de los Estados-Unidos Los colonos ingleses, desde su voluntario establecimiento en América, habian disfrutado los beneficios de sabias instituciones que dejaban en sus manos el manejo de los negocios, los cuales discutian en sus Congresos, en sus tribunales y en los cuerpos administrativos, donde se adquieren los hábitos, la ciencia experimental, y las prácticas del gobierno.

Llegó sin embargo, un momento en que los hispano-americanos, iluminados por los brillantes destellos de la revolucion francesa y por las doctrinas de Rousseau, Montesquieu y Raynal, comprendieron que aquel reposo secular era una sombra de muerte, y trataron de revindicar su autonomía. El nervio del poder residente en la Metrópoli, quebrantado por la invasion simultánea de sus provincias y el destronamiento de la dinastía reinante, brindaba la mejor oportunidad de romper los lazos de la dependencia, aunque los nudos que la formaban existiesen en los constitutivos mismos de la sociedad, compuesta de elementos que parecia impo-

sible tocar sin condenarse á los estragos de indefinible anarquía. Pero dado el impulso, nada era capaz de contenerlo, y tras de una lucha más ó ménos dilatada, más ó ménos sangrienta, la América latina proclamó su independencia, principiando sus diversas comarcas ó pueblos á gobernarse por sí propios.

Entre estos el de Centro-América fué el único que no tuvo que luchar para hacerse independiente, alcanzando tamaño beneficio sin derramar una sola gota de sangre.

Si del mismo modo y con igual fortuna hubieran podido los Centro-Americanos constituir el país, cimentar la paz, afianzar el órden y establecer el absoluto imperio de la ley, aquella privilegiada seccion de la América latina, no se viera fraccionada, débil y casi destruida, como está hoy, á causa de las continuas revoluciones que en su seno se promueven para derrocar la tiranía, y cuyo triunfo, por lo comun, solo sirve para cambiar el personal de los tiranos.

Pueblos jóvenes é inexpertos, lanzáronse en el torbellino de una política azarosa, siendo desde entonces trabajada su vida por continuas querellas domésticas, sin que á pesar de una tristísima esperiencia y agobiados bajo el peso de la desventura, acierten aún á romper el círculo de acero dentro del cual tan esterilmente se agitan.

A poco, en efecto, de haberse proclamado la in-

dependencia, comenzó el desacuerdo entre los diversos Estados de Centro-América. La adhesion al Imperio mexicano, que unos sostenian y otros rechazaban, fué causa de la primera guerra entre ellos y orígen de la rivalidad y espíritu de localismo que tanto daño hubo despues de causarles. Terminada esta cuestion con la caida de Iturbide, continuó agitándose otra no menos importante, que versaba sobre la forma de gobierno que debia adoptarse. Al fin triunfaron los partidarios del sistema federal, quienes alucinados con el buen éxito que tuviera en los Estados-Unidos del Norte, creyeron que daria el mismo resultado en Centro-América, sin tomar en cuenta la inmensa diferencia que habia entre el carácter, costumbres y grado de civilizacion de uno y otro pueblo.

Dificultoso y complicado de por sí el gobierno federal, era el ménos á apropósito para que lo aplicaran hombres nuevos, en un pais compuesto de masas ignorantes, diseminadas, por decirlo así, en extenso y escabroso territorio. Resultó pues, lo que de semejante sistema tenia entonces que esperarse el desórden y la anarquía No teniendo el gobierno general elementos ni recursos suficientes para hacer respetar su autoridad en los Estados, ni siquiera para restablecer el órden y castigar á los ambiciosos que lo turbaran, levantáronse varias facciones, lucharon los diferentes pueblos y partidos de un mismo Estado, lucharon los Estados en-

tre sí, y lucharon tambien con el gobierno de la República.

Las difererentes faces de de esas revueltas nunca tuvieron enlace, porque tomaban su orígen en los diversos intereses de las provincias, inclinadas á la segregacion. Ahogadas aquí, volvian á renacer mas allá tenaces y amenazadoras. Semejante á un edificio que se incendia y aparentemente se apaga, pero en cuyo recinto se ocultan todavía materias inflamadas, se veía de cuando en cuando, al menor soplo de los intereses provinciales heridos, encenderse la llama, crecer y desarrollarse, repitiéndose sin cesar el mismo fenómeno de conflagracion y extincion alternativas de los odios políticos.

La guerra civil hubo de llegar así á convertirse en situacion normal, en hecho característico ú organizado en todos los resortes, faces y costumbres de aquel país. Lo que en él se exhibia con el nombre de política, no era en el fondo sino simples actores y decoraciones de un teatro donde se representaban comedias, melodramas y trajedias, sin que la sociedad conturbada por tales espectáculos gozara más paz que la de los entreactos. Los gobiernos se elevaban ó bajaban por medio de lo pronunciamientos, su nodriza y su verdugo, los cuales los mecian en su cuna para decapitarlos despues, y escribir su epitafio con la sangre de las víctimas.....

El ardor de ciertas ambiciones, ó la veleidad en

las masas, eran la causa de tan profundos descarríos; pero muy particularmente la continua pugna entre los principales caudillos del pueblo, quienes arrastrábanlo por la senda peligrosa de las revueltas, sin que este en realidad con la victoria de unos ú otros recojiera mas fruto que amargas decepciones. De ese modo, en medio del desbordamiento de los peores instintos, acumulábanse inmensos infortunios, hacinando escombros por donde quiera, fragmentos colosales del edificio social que se desplomaba, herido por la ruda mano del despotismo ó el desencadenado huracan de la anarquía. Con excepcion, pues, de algunos casos, el pueblo Centro-Americano erraba de continuo por un áspero desierto, sin columbrar, sino allá m y léjós, los risueños horizontes de la esperanza.

II.

Durante las convulsiones que agitaron al país, hubo de surjir un hombre, que por su inteligencia, sus dotes para el mando y su fortuna en los combates, dominó la situacion, concluyó de pronto con la anarquía, é inició una época relativamente pacífica en el año de 1829.

Fué ese hombre el general D. Francisco Morazan, que de simple oficinista, pasó á oficial del ejército, y por una cadena de triunfos, debidos á su capacidad y destreza, llegó á adquirir bien merecida nombradía militar y á elevarse á presidente de la República federal.

Con el general Morazan vino al poder el partido liberal exaltado. Desterró á los principales jefes de su antagonista el ultra-conservador, que acababa de ser vencido, é impaciente por amoldarlo todo á su deseo, poniendo en práctica las hermosas teorías de una perfecta república, se puso á legislar sin tino,

desatendiendo las costumbres, hábitos, educacion é ignorancia del pueblo, á quien las leyes se dirijian. Funesto error que acarreará siempre tristísimas consecuencias.

Querer que de improviso se conviertan en ciudadanos adornados con todas las virtudes republicanas hombres rudos y preocupados; que en corto espacio de tiempo cambie el país radicalmente su vida de muchos años; que instituciones adecuadas para pueblos que van á la vanguardia de la civilizacion, lo sean tambien para los que están por civilizarse; tal ha sido siempre la fatal aberracion que cometió el partido liberal en Centro-América, y aun puede decirse en todas partes. Dejándose arrastrar por el vértigo de las innovaciones, ensaya las mas cuestionables teorías, lo cambia todo, todo lo trastorna, y en medio del desconcierto general, que ciego no vé ó que imprudente desprecia, va descendiendo por extraviado camino hasta caer en el precipicio que él mismo ha abierto á sus piés.

El partido ultra-conservador, debemos tambien decirlo, inside en el extremo opuesto.—Quiere mantenerlo todo en la inmovilidad, encadenando en infranqueable círculo las tendencias é ideas de los pueblos; pero vano es su empeño é inútiles sus esfuerzos, porque va operándose contra el régimen que intenta hacer prevalecer un trabajo de disolucion, que paulatinamente lo mina, hasta llegar el nstante en que se derrumba, no ofreciendo enton-

ces á la vista sino vestigios de lo que fué, semejante á esas ciudades cubiertas con el polvo de los siglos, cuyas solitarias ruinas solo sirven de objeto de contemplacion al viajero que las visita......

Conservar obstinadamente lo que el tiempo ha destruido, paralizando la existencia de un pueblo, es querer embalsamarlo cual si fuera una mómia y arrojar sobre él la losa de una tumba. La parálisis solo existe donde hay enfermedad; el corazon solo se hiela cuando la muerte le invade; pero mientras la vida no se extingue, la parálisis se combate y se cura, el corazon siente y palpita. ¿Qué diriamos si en la primavera, al despertar las plantas de su sueño invernal, lanzando sus tallos hácia el astro benéfico que las regenera, y al reverdecer los árboles coronándose de frescas ramas, procurase alguno suspender el desarrollo de los árboles, protestando contra la fecundidad de la naturaleza?......

Si obcecado el poder, y esto es lo que sucede siempre al partido ultra-conservador, abandona la iniciativa de las reformas que hacen necesarias las exijencias sociales, creyendo posible permanecer en el *statu quo* y seguir tranquilo por una senda fija, en tanto que todo en su derredor cambia, varía, se mueve y se trasforma, tal poder corre peligro de caer en caduquez y de que los pueblos, cuyo destino debiera dirijir, tomen por sí la demanda y verifiquen sin él lo que no supo, no quiso ó no se atrevió á ejecutar. El gravísimo error de ese par-

tido es no comprender, ni convencerse nunca, de que llega un dia en el cual las naciones mas sumisas sacuden airadas el yugo de ciertas instituciones, que si fueron adecuadas á las circunstancias que las motivaron, tienen que ser modificadas para evitar las terribles crísis que de su violenta supresion pueden resultar. No hay que olvidarlo: las revoluciones son por lo comun el conjunto de urgentes reformas deseadas por un pueblo, el cual cuando el poder les cierra el paso, abriendo para sepultarlas ancho foso en su camino, se indigna, se levanta, se subleva y con sus brazos de gigante ciega el foso con cuanto á la mano encuentra, y marcha adelante hasta llegar al término de sus aspiraciones......

Si los liberales exaltados, moderando su impaciencia, procedieran en las innovaciones con mayor cautela, con el respeto debido á las costumbres, y sin perder nunca de vista el grado de ilustracion y demas circunstancias del pueblo; en una palabra, si fueran ménos ideales y más prácticos, ó si los ultra conservadores, prescindiendo del respeto ridículo por todo lo existente, aunque sea un absurdo, salieran de la rutina y aceptasen las innovaciones que urgentemente reclaman el adelanto del siglo y el progresivo desarrollo de las naciones, claro está que liberales y conservadores, retirándose de los extremos, vendrian á reunirse en el centro, evitándose al pueblo los innumerables males é infinitos sacri-

ficios que le ocasionan las faltas y exajeraciones de unos y otros.

Pero volvamos, tras de esta digresion, á nuestro asunto.

A que los errores cometidos durante la época que se inició el año de 1829 no produjeran desde luego una formidable reaccion, contribuyeron sin duda el prestigio del general Morazan, su ejército victorioso, el desinteresado patriotismo de varios jefes del partido dominante, como los Barrundias, Gálvez y Molina, el destierro de los caudillos del partido caido, el cansancio de los pueblos por las revueltas anteriores, y el temor que todos abrigaban de ver reproducidas escenas tan terribles, como las que se vieron en aquel año, durante el sitio y ocupacion de la ciudad de Guatemala.

Aumentábanse, sin embargo, de dia en dia las causas del descontento, que esplotadas hábilmente por el partido conservador, debian producir la popular revolucion de 1837. En este año fué cuando por primera vez apareció en el Estado de Guatemala la epidemia del cólera. Creyeron los pueblos del Oriente que esa multitud de muertes casi repentinas era obra de los hombres: vijilaron las fuentes donde tomaban el agua, porque suponian que en ella se les administraba veneno; mas, como á pesar de sus ridículas precauciones, la epidemia proseguia haciendo estragos, los indios, ya sea por malicia propia, ó ya porque pérfidamente se la sujirie-

sen, concibieron la idea de que el gobierno era él que queria destruirlos por medio del veneno; y obligaron entonces á los médicos enviados para combatir la enfermedad á que tomasen ellos todo lo que contenia su botiquin. Como necesariamente hubieron de envenenarse con las fuertes dósis de alcali y láudano, que eran los remedios más usados, los indígenas confirmaron con esto sus sospechas, y convencidos ya de que el gobierno era el autor de tantas muertes, levantáronse contra él y sus autoridades.

Llevó la iniciativa en el movimiento el pueblo de Mataqüescuintla. Entre los primeros amotinados se hallaba el indígena Rafael Carrera, que teniendo sobre los demas la ventaja de su raro talento, y la circunstancia de haber sido soldado en uno de los cuerpos de la capital, desde luego y sin contradiccion lo reconocieron los sublevados como á su jefe. En el estado en que se hallaban los ánimos con el grave encono que contra el gobierno abrigaban, la insurreccion hizo rápidos é irresistibles progresos.

Concluida la epidemia, los sublevados, que en realidad no tenian mira alguna política, se prestaron á entrar en arreglos con el gobierno; el cual, temiendo luchar contra el numeroso ejército con que contaban, se vió en la necesidad de concederles casi todo lo que pedian. Conforme al tratado que hubo de celebrarse, dióse el mando militar de

uno de los principales departamentos á Carrera, notable ya por el inmenso prestigio que tenia entre la clase indígena, y por el valor, actividad é inteligencia de que habia dado repetidas pruebas.

Creyóse que con el convenio ajustado, quedaria definitavamente terminada la insurreccion; pero no fué así, porque el buen éxito que obtuvo enorgu llebció á aquellas masas, y los halagos que se prodi garon á Carrera despertaron en su ánimo el deseo primero de conservar, y despues de aumentar e mando y autoridad que ejercia. Movido, pues, por la ambicion, reune de nuevo á su gente, y emprende su segunda campaña, cuyo resultado fué el completo triunfo que en Marzo de 1840 alcanzó sobre el ejército federal, mandado por el presidente Morazan en persona.

Con la derrota de este ilustre caudillo quedó de hecho disuelta la federacion de Guatemala, el Salvador, Nicaragua, Honduras y Costarica. Aunque Morazan pretendió restablecerla siendo jefe de este último Estado, sacrificó su existencia en la tentativa, privándolo de ella los mismos costarisienses, levantados contra él por no marchar á la campaña que pensaba acometer para llevar á cabo su empresa. La nacionalidad centro-americana vino, por tanto, á disolverse despues de diez y seis años de duracion, constituyendo desde entonces los cinco Estados que la formaban otras tantas repúblicas independientes.

III.

Continuó apesar de esto Guatemala representando en la América-Central el papel político mas importante, porque era el Estado más extenso, el más poblado y el que contaba con hombres de más valía é intelijencia.

El General Carrera aunque sin luces ni otra guía que un instinto maravilloso, supo desempeñar en su país con singular habilidad la difícil mision que le cupo en suerte.

Rehusó por algun tiempo la presidencia, alegando lo inculto de su espíritu, lo torpe de su educacion y la incompatiblidad de sus costumbres con la altura del puesto; mas sus amigos supieron vencer toda resistencia, y desde entonces resumió en sí el poder del país, imprimiéndole algo de su carácter y de su destino.

La historia de este hombre extraordinario ofrece alguna analogía con la de Rosas, el antiguo dicta–

dor de Buenos Ayres. Teniendo ambos su orígen en la última clase de la sociedad, pasaron los primeros años de su juventud en condicion ínfima. Careciendo de instruccion, estaban dotados de facultades enérgicas y eran activos, obstinados, de temperamento violento y férrea voluntad. Supieron los dos aprovecharse de las circunstancias en que se hallaba su patria para engrandecerse, comenzando su fortuna por la invasion de la capital, Carrera con sus indios, Rosas al frente de su gauchos.

Pero si Rosas fué un déspota implacable, Carrera, sin dejar de serlo, hizo grandes bienes á su patria. La marcha del cuerpo social en el largo periodo de su gobierno, habilitó al pais para reparar sus fuerzas gastadas en las turbulencias anteriores: abriéronse de nuevo los antiguos canales del comercio; se perfeccionaron en grado considerable los sistemas del cultivo; introdujéronse varias mejoras materiales de grande utilidad; y la riqueza pública así como la privada, hubieron de acrecentarse con sus asiduas compañeras de comodidad y de ventura. La nacion, en suma, gozaba cierto bienestar bajo una administracion que mantenia la paz y hacia cumplir sus mandatos, adquiriendo el pueblo hábitos, ya que no principios de órden, hasta manifestar visible repugnancia en renovar los dias de anarquía con sus desórdenes y atentados.

Verdad es, que despues del triunfo sobre Morazan, las indisiplinadas tropas de Carrera se entre-

garon á cometer todo linaje de excesos en la ciudad de Guatemala, sin que los esfueazos del mismo Carrera pudiesen evitarlo. Tambien es cierto que al principio y durante algun tiempo la autoridad que ejerció fué absoluta, despótica y enteramente arbitraria; que se hizo instrumento de las venganzas del partido ultra-conservador con quien estaba ligado; y que la insolencia de las tropas, la inmoralidad de los oficiales, y el duro carácter del gefe, fueron otras tantas causas de los abusos, desmanes y hasta crímenes que en aquella época llenaron de terror á los habitantes de Guatemala.

Pero regularizado el ejército y neutralizados los malos instintos de Carrera por el roce con la sociedad culta, y sobre todo por la benéfica influencia de personas tan honradas y humanitarias como D. Vicente Cruz, D. Mariano Rivera Paz y D. Joaquin Duran, fué restableciéndose el órden, se calmó la efervescencia de los ánimos, y el gobierno abusó cada dia ménos de la ilimitada suma de facultades de que disponia.

Como esa autoridad central y absoluta no es, sin embargo, la mejor para satisfacer las legitimas aspiraciones de los pueblos, ni puede existir sino con perjuicio de las garantías individuales, trascurridos algunos años, iba haciéndose ya insoportable para las guatemaltecos el despotismo que sobre ellos pesaba, á tal grado, que en los departamentos, singularmente, cada gefe ó corregidor era un reyezuelo,

á quien se disimulaban sus continuos atentados con tal que fuese ciego defensor de aquella administracion.

Necesario es convencerse de que las modernas sociedades no pueden existir sino por la libertad; y un pueblo no puede ser libre mas que á condicion de ser soberano y disponer de su suerte, de sus riquezas, de la sangre de sus hijos, expresando su voluntad por la tribuna, la prensa y la eleccion espontánea de sus mandatarios, única manera de qne se desenvuelvan armoniosamente sns elementos morales y materiales hasta alcanzar la cúspide de la civilizacion. Las instituciones en tales principios basadas, son entonces una garantía, no solo de la habilidad de los gobiernos, sino de su duracion, puesto que solo hay vida para los pueblos en el ejercicio de sus derechos, en la franca manifestacion de sus opiniones, en el desarrollo regular de sus fuerzas é intereses. Por eso el despotismo yace desquiciado en el mundo, y al eclipsarse, asoma en la pennmbra la libertad.

Hoy que el humano linaje camina al cumplimiento de sus altos destinos, afanándose por perfeccionarse en la política, en las artes y las ciencias, cuando irradian las modernas teorías de gobierno y los recientes descubrimientos económicos, produciendo fecundos manantiales de bienestar y de ventura, negarse á las reformas deseadas por el pueblo, querer que este permanezca sumerjido en le-

tárgico abatimiento, en esa prolongada atonía que conduce á la muerte, es un absurdo que produce siempre la caída de los gobiernos que en él incurren.

Contra ese escollo vino á estrellarse la administracion del general Carrera el año de 1848. Desesperados los pueblos, acudieron al último recurso: el de la guerra civil. Levantáronse partidas que pequeñas é insignificantes en el principio, pronto se convirtieron en crecidas masas, porque las rigurosas é impolíticas medidas con que el gobierno quiso sofocar la revolucion, dieron un resultado enteramente contrario.

Al iniciarse el movimiento el año de 1847, los liberales exaltados creyeron que habia llegado la oportunidad de recobrar el poder, comenzaron á trabajar con el mayor empeño contra el gobierno, excitaron á los descontentos, alentaron á los pronunciedos y no omitieron ninguno de los medios que estaban á su alcance para que triunfara la revolucion.

El partido moderado, que condenaba los extremos, que tenia por invariable norma de su conducta la honradez y el bien general del pais, y por principales gefes al vice-presidente Cruz y el ex-presidente Rivera Paz, se esforzó inútilmente porque se combatiera la revolucion, quitando las causas de descontento que la producian, Intransijentes os que medraban á la sombra del despotismo, n

gáronse á seguir tan patrioticos consejos, y aun vieron como enemigos á las personas que se les daban; porque estas, reconociendo que la razon y la justicia estaban de parte de los pueblos; no quisieron emplear la influencia que en ellos tenian, para inducirlos á que continuasen sufriendo los abusos, vejámenes y tropelias que los obligaron á levantarse.

Y ciertamente, si ese partido se hubiera prestado á traicionar la confianza que en él depositaban los pueblos, tal vez habria conseguido que depuesisen las armas y se sujetasen de nuevo al yugo del despotismo; porque habia la circunstancia de que, á principios de 1848, el gefe de las fuerzas que combatian a! gobierno lo era D. Serapio Cruz, hermano del vice-presidente. No queriendo este oponerse á la causa de los pueblos, que era su causa, y estaba sostenido por sus amigos y sus hermanos, ni queriendo tampoco luchar contra Carrera por la estrecha amistad que á el lo ligaba, distinguiéndolo este desde muy antes hasta conferirle la segunda magistratura de la República, resolvió expatriarse, y vino á México huyendo de una revulocion en que le era imposible tomar parte.

Con la ausencia del vice-presidente Cruz, y el retraimiento del partido moderado, debilitóse extraordinariamente el gobierno, se alentaron sus contrarios, y á mediados del mismo año de 1848 viendo Correra como segura su caida presentó su demision que en el acto le fué aceptada. El modo con

que procedió en tal coyuntura hace mucho honor á su habilidad y golpe de vista política. Durante la crísis, crecía su vigor á medida de los obstáculos que se le presentaban, comprendiendo que la tormenta que abate á los espíritus débiles, debe solo servir para afirmar más y más en sus propósitos á lós caractéres enérgicos. Esquiva le fué empero la fortuna, viéndose al fin obligado á abandonar el campo á sus adversarios, dejando el país y aislándose en territorio mexicano.

IV.

Aprovechando las circunstancias y la sorpresa é impresion que produjo la retirada de la escena pública del general Carrera, los liberales exaltados dominaron en el Congreso, se encontraron dueños de la situacion en la capital, y quisieron apropiarse el triunfo, estableciendo el absoiuto y exclnsivo predominio de su círculo. El vice-presidente era el llamado por la ley á ocupar la pres idencia; mas como no pertenecia al número de los liberales exaltados, prescindieron de él y la encargaron á D. Juan A. Martinez, miembro notable d e su partido.

Pero como los pueblos que estaban en armas, y á cuyos esfuerzos se d ebia la caida del gobierno de Carrera, no tenian la menor confianza en el nuevo órden de cosas, lejos de apoyar á los q ue se habian enseñoreado del mando, resolvieron continuar la lucha hasta obtener a utoridades que diesen al

país suficientes garantías de estabilidad, órden y respeto á la ley.

Ofendido D. Vicente Cruz con el proceder del Congreso, y libre ya de los inconvenientes que antes le impidieron tomar parte en la revolucion, presentó su renuncia del cargo de vice-presidente, y admitida que le fué, aceptó el de presidente provisorio que le confirieron los pueblos, poniéndose al frente de ellos.

Hallábase, pues, Guatemala con dos gobiernos: el de la capital y el constituido por la mayor parte de los departamentos. El primero carecia de prestigio y apénas contaba con una débil guarnicion, principalmente compuesta de los gefes y oficiales que habia dejado Carrera; miéntras que el segundo estaba sostenido por la opinion de las tres cuartas partes de la República y por el ejército de voluntarios mas numeroso que en ella se ha visto. Impotente el gobierno de la capital para combatir la revolucion y aun para dar seguridad á las poblaciones contra las partidas de malhechores que á la sombra del general desconcierto se habian levantado, fueron los mismo revolucionarios y su gobierno provisorio, quienes hubieron de perseguirlas; custodiando con sus fuerzas los cargamentos del comercio, y procurando que en todas partes fuesen respetadas las vidas y propiedades de los habitantes pacíficos.

Nada habria sido entónces mas fácil para los revo-

lucionarios como completar su triunfo por medio de las armas, pues que tenian en su poder las ciudades principales, y habian derrotado en algunos encuentros á las fuerzas contrarias que se reunieran para atacarlos. El gobierno de la capital lo comprendia así, pero sabia tambien que las personas que estaban al frente del ejército de los pueblos, deseaban á todo trance evitar el abundante derramamiento de sangre, y aun llevaban su noble patriotismo hasta no querer ocupar la capital á viva fuerza, por temor de que sus tropas se entregaran á cometer los desórdenes y tropelías que se vieron el año de 1840 en medio de la embriaguez de la victoria. Escudado con el magnánimo proceder de los jefes de la revolucion, sostúvose el partido de la capital por algunos meses, pero en medio de la mas completa anarquía: cambiáronse varios presidentes; hubo muchos que mandaran, y ninguno que supiera gobernar. La libertad, entretanto, esa libertad grande, justa, que es la sávia, del entendimiento y el aliento del corazon; esa rueda motriz que da impulso las artes, las ciencias y la industria; ese bien inapreciable que cada aspirante al poder preconizaba para convertirlo en irrision, no existia mas que de nombre. Burlado el pueblo de la capital en sus esperanzas, entregábase al desaliento en que cae el enfermo cuando no encuentra remedio á sus dolencias, y nota que en vez de disminuirse se agravan, exacerban.

No pudiendo pnolongarse por mas tiempo semejante situacion, convinieron los gobernantes de la capital en acceder á todo lo que exigian los revolucionarios. Bajo esa base comenzó á discutirse el célebre tratado de Zacapa de Enero de 1849. Contra lo que todos esperaban, D. Vicente Cruz, no solo rehusó la presidencia á que estaba llamado por la ley, el voto de los pueblos y el éxito de sus armas, sino que nada estipuló en favor de él, ni de los individuos de su familia, arruinados con motivo de la revolucion. Bello acto de desprendimiento, que hubo de confirmarse retirándose todos á la vida privada, aunque con la reserva de empuñar nuevamente las armas si religiosamente no se cumplia lo pactado. En cada artículo de este convenio se estipuló una garantía ó un beneficio para los pueblos que tantos sacrificios habian hecho por la libertad; y cuando el convenio estuvo aprobado, entraron ordenadamente las fuerzas de la revolucion en la capital, depusieron las armas, y su jefe, D. Vicente Cruz, entregó mas de diez mil pesos que tenia sobrantes de lo que se habia recaudado en los departamentos.

Este rasgo basta por sí solo para caracterizar á los caudillos de aquella revolucion; pues los anales de las guerras civiles en América, no registran, en verdad, muchos casos de jefes revolucionarios que al terminarse la campaña tengan fondos sobrantes y honradamente los entreguen: Esto, unido al desinterés con que obraron al no querer ocupar los

primeros puestos de la República, constituirá siempre para los Cruces un título imperecedero de honor y de gloria. La historia debe ser justa grabando en sus páginas los hechos que enaltecen el nombre de sus mejores protagonistas.

Como el principal y único objeto de los artículos del tratado de Zacapa era, segun queda dicho, mejorar la situacion de los pueblos y garantizarles el pacífico ejercicio de sus derechos, es indudable que si se hubiera cumplido exactamente, Guatemala habria entrado en una era de bienestar, haciendo rápidos progresos políticos, morales y materiales; pero desgraciadamente no sucedió así.

Comenzó á ejecutarse el convenio, y al efecto, para reemplazar á los tiranuelos que antes despotizaban los departamentos, se eligieron desde luego á las personas mas notables en el partido céntrico ó radical, que por fin estaba dominando la situacion. El ex-presidente Rivera Paz, Orantes, Cervantes y otros, aceptaron con laudable patriotismo el nombramiento, y salieron á ocupar sus destinos. Habíanse, por desgracia, separado dos ó tres oficiales del ejército revolucionario, de esos que únicamente se mezclan en la política por el halago del botin, y una de aquellas partidas que por las montañas merodeaban, logró aprehender en su viaje á los beneméritos ciudadanos Rivera Paz y Orantes, fusilándolos cobarde y bárbaramente.

Indignado D. Vicente Cruz contra los autores de

tan cruel asesinato, pidió que se le dieran fuerzas para ir á perseguir aquellas partidas y acabar de pacificar el país. Se le dieron las tropas que querria, marchó en su seguimiento, trabó contra ellos rudo combate, y al ponerlas en fuga y adquirir el triunfo mas completo, Guatemala tuvo sin embargo que llorar la muerte de este ínclito caudillo, porque herido en la refriega, extinguióse una vida que tan útil habria aun sido á su patria.

Con el desarme de las fuerzas de los pueblos y con la muerte de Rivera Paz, Orantes y Cruz, quedó el partido de estos, acéfalo é incapaz de conservar la situacion de que era dueño, ni de resistir á Carrera, que con ojo atento se habia mantenido á la espectativa en Comitán, frontera de México, y que aprovechando la oportunidad aprestábase á recobrar el mando que antes se viera obligado á abandonar.

El gobierno existente, formado por los exaltados y sometido despues al partido moderado, desde que vió que este no era ya el mas fuerte, procuró ponerse bien con Carrera, llegando el servilismo del presidente Paredes hasta cederle el puesto sin condicion alguna, y convenir en continuar sirviendo á sus órdenes con el grado militar que tenia.

Volvió, pues, Guatemala á caer bajo el dominio de Carrera, á empuñar éste sin obstáculo las riendas del Estado, y á hacerse dueño absoluto de sus destinos.

V.

Los liberales exaltados, que no se atrevieron á combatir francamente á Carrera mientras estuvo en el poder, tan pronto como hubo de abandonarlo, se dejaron arrastrar de su ódio hácia él, expidiendo un decreto por el cual se le declaraba fuera de la ley. Este decreto, y los injuriosos calificativos de que se habian servido en sus escritos y discurso contra el antiguo dictador, hicieron que á su regreso varios liberales, creyéndose seguros, emigraran inmediatamente del país.

Trasladáronse algunos de ellos á las vecinas repúblicas de Centro-América, logrando con sus trabajos que el gobierno del Salvador, á cuyo frente estaba Vasconcelos, y el de Honduras, que presidia el valiente general Cabañas, se uniesen con el objeto de combatir al de Guatemala. Hechos los arreglos prévios, marcharon Vasconcelos y Cabañas al frente de numeroso ejército, invadieron el terr

torio guatemalteco, y libraron la célebre batalla de la Arada, en la cual Carrera hubo de derrotarlos completamente el año de 1851. De este triunfo se sirvió el partido dominante para enaltecer aun mas á Carrera, declarándolo presidente vitalicio, y para modificar la nada liberal constitucion con que habia dotado á Guatemala, ya como república enteramente soberana é independiente.

Incansables los exaltados en sus trabajos para dominar la situacion de Centro-América, dirigieron sus esfuerzos despues de algun tiempo contra el gobierno de Nicaragua. Era jefe de la revolucion el general Jerez, que contaba con las simpatías de todos los inscritos en aquel partido. Los reveses que sufrió lo condujeron á cometer el crímen imperdonable de ligarse con la partida de filibusteros capitaneada por el célebre Walker. Triunfó de pronto la revolucion; pero los auxiliares quisieron hacerse dueños del país, obraron como conquistadores, y fué necesario que Centro-América toda, incluso el partido que habia llamado á los filibusteros, acudiese á defender con las armas la independencia de su territorio, que sériamente se veia amenazada.

Esa guerra nacional, en la cual se cubrieron de gloria los entonces coroneles D. José Víctor Zavala y D. Serapio Cruz, como jefes primero y segundo de las fuerzas de Guatemala, sirvió mucho al gobierno del general Carrera para evitar las consecuencias de la revolucion interior. Con el presti-

gio del triunfo y con las fuerzas veteranas que lo habian alcanzado, fácil le fué destruir en su principio la sublevacion de la montaña, que bastante temible se presentó el año de 1857.

Debido en gran parte á las influencias de antiguos emigrados guatemaltecos, así como al carácter ambicioso é inquieto del general D. Gerardo Barrios, sucitóse por el año de 1863 la guerra del Salvador, cuya república contaba con auxilios eficaces del gobierno de Honduras. En esta vez, como casi siempre, fiel y favorable anduvo la fortuna con Carrera. Triunfó del general Barrios y ocupó el Salvador, colocando en la presidencia de esta república á D. Francisco Dueñas, y en la de Honduras al general D. José María Medina. Con el apoyo de estos gobiernos que eran hechura suya, y con el de Nicaragua que seguia la misma política, el de Guatemala se encontraba mas fuerte que nunca ejercia irresistible preponderancia y casi manejaba los mas importantes negocios políticos de Centro-América sin que sus adversarios pensaran siquiera en derrocarlo, considerando la revolucion como empresa casi imposible.

Desde que Carrera empuñó por segunda vez las riendas del gobierno, se entregó, sin embargo, á los ultra-conservadores, y dejándose conducir por las inspiraciones de ese partido, vino á fundar el sistema mas tiránico y absoluto que se haya visto en una república americana.

Como los ultra-conservadores careciesen de ese instinto sagaz y de ese tacto exquisito, que tan necesarios son en el manejo de los negocios, aquel para discernir, este para ejecutar, no supieron comprender que el interés público es el elemento mas firme de estabilidad en todo gobierno, y la libertad el mejor preservativo contra las revueltas. Desconociendo las tendencias del siglo, ó aferrándose á doctrinas mezquinas, todo lo velan bajo un prisma engañoso, y trataron únicamente de encaminar al país por el estrecho sendero de una rutina ciega, absurda, obstinada, evaporándose así su vida política en empresas estériles é insignificantes.

¿Cuál era, en efecto, la situacion de Guatemala? Por instituciones, la dictadura, es decir cadenas en todas las manos y mordaza sobre todas las bocas. En las ciencias y las artes, la ignorancia y el estancamiento de la inteligencia. Oponiáse el gobierno á toda mejora empleando la fuerza para lograrlo. ¡Vano empeño! Pónganse diques á un rio y se tendrá un desbordamiento; pónganse barreras al progreso y sobrevendrá una revolucion. Cuando Dios quiere destruir una cosa, lo hace por medio de la cosa misma: bajo el influjo de la civilizacion, lo que debe declinar, declina; cuanto debe caer, cae: poco á poco la mina se prepara; apenas visible, basta un pensamiento grande, una mano poderosa, para que el edificio pierda su nivel, bambolee y se derumbe...

Así es que sujeta Guatemala por los principios del absolutismo, nubes tempestuosas se agrupaban en su horizonte; sentia profundo malestar, é iban ya notándose marcados síntomas de descontento. En tales circunstancias, el general Carrera hubo de fallecer á consecuencia de aguda enfermedad, pero rodeado de todos los cuidados y de la mas empeñosa solicitud que pudieran apetecerse. Fué, pues, afortunado hasta en la muerte, porque vino á herirlo á tiempo, como para librarlo de las amargas decepciones que quizá habria experimentado con el desmoronamiento de su poder absoluto.

General tristeza produjo, sin embargo, la pérdida de este hombre insigne. Las banderas de la patria, flotando con melancólica pompa al rededor de aquel sarcófago, proclamaban las gloriosas hazañas del guerrero que allí estaba depositado. Ante su tumba, preciso es confesar que fué admirable la supremacía que llegó á adquirir sobre sus compatriotas, así como eran notables las altas dotes de prudencia, de fria serenidad y de constancia en los propósitos, que tanto llegaron á distinguirlo. Nunca tuvo tampoco aquel orgullo nécio que se avergüenza de la humildad de la cuna; nada en él de la pueril vanidad que se funda en el rango, la riqueza ó la categoría. Por el contrario, hablaba siempre de su baja posicion en los primeros años de su juventud, y lo hacia dando gracias al cielo por los favores que le habia concedido. Estos rasgos, que brillaban á

través de su natural rudeza de carácter, como el relámpago que rasga una oscura nube, excitan aun más la sensibilidad por lo extraño del contraste.

Verdadera calamidad fué para Guatemala que, á la sombra del héroe, un partido funesto se elevara á la direccion de los negocios, manteniendo á la República miserablemente encorbada bajo su yugo, é importándole poco que cayese envilecida con tal de que él se conservara poderoso. Compuesto de tres ó cuatro familias aristócraticas, á quienes el victorioso sable de Carrera sacó de la oscuridad en que yacian; aliadas con esa muchedumbre de aduladores que se agrupan bajo el pedestal del poder' hablase en su gobierno sustituido la política leal y franca de las repúblicas, con esa oligarquía que en algunas naciones europeas hubo de prevalecer en el peor período de su historia, viviendo con esos elementos bastardos que no son ni el talento, ni el mérito, ni la verdad. Figuras fatídicas, Maquiavelos sin génio, semejante á los tiranuelos de Italia en tiempo de los Borgias, pero sin elevarse nunca á la grande talla de los pro-hombres de aquella época; suponiéndose dueños por derecho de conquista de los destinos de su patria, pues fuera de esto nada habiá para ellos: el mundo les parecia incomprensible.

Declarado el país menor de edad, se le tenia sujeto á horrible tutela. Perseguíase con encono á todo aquel que no queria vender su conciencia, pre-

sintiendo una rebelion en cada suspiro, un obstáculo en cada idea, una venganza en cada movimiento, hasta pretender destruir los dogmas modernos, para más cómodamente gobernar con los vicios del absolutismo. Por donde quiera viven los hombres contentos, respirando el aliento de la libertad; solo en Guatemala vivian con las cadenas de la servidumbre, vegetando en la degradacion, cual si llevaran un estigma de deshonra.

El cuadro parecerá quizá exajerado, pues apenas se concibe semejante situacion para un pueblo en pleno siglo XIX y en el centro del nuevo mundo; pero nada más exacto; antes bien los colores están pálidos y atenuados. En la monarquía mas absoluta, allá en las apartadas regiones del Asia, no se vé un sistema ni más cruel, ni más oprosor. Aquello venia á ser un oprobio para la civilizacion y una mancha para la America latina.

VI.

Muerto Carrera, el partido que enseñoreado estaba de la situacion, hizo ascender al poder al general Cerna, no por sus virtudes ni por sus talentos, sino que, siendo al contrario de escaso mérito, quiso convertirlo en dócil instrumento de sus designios, los cuales propendian á perpetuarse en el mando con el que en cierta manera se habia connaturalizado despues de veinte años de gobernar el país

Toda aurora es risueña. El advenimiento del nuevo presidente, produjo la idea de una mejora, imaginándose muchos que la política debia tomar distinto rumbo por ser notoria la instabilidad de los malos principios. Asaz rápido fué el desengaño: continuó todo en el mismo estado, hombres é instituciones, viéndose siempre proscritos de las regiones del poder el saber, el patriotismo y la justicia.

Nada hay que pueda dar idea del desconcierto de aquella administracion.

En el ramo de guerra, subsistian el desórden y los mas espantosos abusos, así en el reclutamiento, disciplina é instruccion de las tropas, como en el estado que guardaban, que no puede compararse ni aun con las tribus nómades de los guerreros del Africa.

En el ramo de justicia, tanto los tribunales como los procedimientos, guardaban la misma situacion en que los dejó el sistema colonial, causando á los litigantes infinitas disputas ó escandaloso retardo en los negocios.

En el ramo de gobernacion, no se cuidaba ni de la policía, ni del buen régimen administrativo en los departamentos, ni de promover el adelanto moral y material en las diversas localidades, caminando todo al acaso y segun las circunstancias del momento.

En el ramo de hacienda, no habia un plan verdaderamente rentístico. Ei sistema tributario era en extremo vicioso. La clase que puede llamarse rica, en lo absoluto contribuía para los gastos, pesando sobre el puebld infeliz la mayor parte de los gravámenes. Los principales ingresos eran los de las aduanas marítimas y los que producia el estanco del aguardiente, del tabaco, y del salitre. Jamas llegó á establecerse ninguna contribucion segun las reglas de la ciencia económica y la práctica universal en todos los pueblos cultos; de modo que, á pesar de los elementos de riqueza que la na-

cion posee, sus rentas eran tan insignificantes que bastaban apénas para cubrir las más apremiantes necesidades.

Y para colmo de males, el despotismo y la arbitrariedad desplegaban sobre la ruina general su negra bandera. En vez de la prosperidad, venia así enseñoreandose la miseria pública; en vez de protegerse la agricultura, se le arrebataban sus jornaleros convirtiéndolos en soldados; en vez de bnscar el bien, se alentaba el mal; en vez de la union y la concordia, el esclusivismo; en vez de llamar á los puestos públicos personas de mérito, se ocupaban á las más ineptas para fácilmente dominarlas; en vez de la libertad del pensamiento, mordaza sobre la prensa; en vez de igualdad de derechos, odiosas distinciones; en vez del libro debate parlamentario, el silencio de la tribuna, á cuyo pié la muda representacioa nacional solo venia á escuchar á los órganos del gobierno. Era aquello una terrible tiranía; pues tiranos son, no tanto los que ciñen á despecho del pueblo una corona, sino los que la colocan de escarnio á la razon y de ludibrio á la libertad, concentrando el poder en unas cuantas manos, para hacer depender de su capricho las garantías, el bienestar, las gracias y hasta la vida de los ciudadanos, aunque se cubran con girones de ley ó se oculten bajo el disfraz de la República.

Cuando la moralidad de un gobierno se eclipsa á tal extremo, se proyecta sobre las naciones una som-

bra dentro de la cual desaparece el órden social. No obstante, debe decirse en honor de Guatemala que, apesar del letargo en que procuraba mantenerse á la sociedad, escuchábanse allí de tiempo en tiempo, esos sordos murmullos que revelan el malestar, esos rumores de tormenta que anuncian siempre las revoluciones. La gente sensata habria deseado que las reformas se hicieran pacíficamente, pero obstinados en conservar los abusos los que con ellos medraban iban irreflexivos marchando al precipicio, sin comprender siquiera cuán vano era su intento por sofocar esas tendencias legitimas que van creciendo sin cesar y que tan hondamente llegan á arraigarse en lss almas.

Siguen los pueblos una marcha precisa é inevitable, yendo, lo mismo que los individuos en pos de la dicha, ya que es tendencia instintiva en el corazon del hombre, como en el corazon de la sociedad. Desde que esta se vigoriza, hay pechos que laten y aspiraciones que se agitan en busca de la perfectibilidad. La historia, el laboratorio inmenso donde el pasado deposita sus lecciones para enseñarnos á juzgar de los sucesos ante la inextinguible luz de la verdad, nos señala siempre á las naciones marchando por la senda de lo nuevo y de lo mejor. Ese incesante movimiento es el que las guía á su engrandecimiento y poderío. Los hombres superiores, como observa un autor contemporáneo, estudian la direccion y fuerza de tan poderosa corriente, abrién-

dole anchuroso cauce, y así es como han sabido dar lustre á su nombre y á su siglo: los hombres vulgares se sientan en la márgen, lamentándose de la violencia ó rapidez de la corriente; los locos le ponen diques, viéndose en seguida arrastrados por ella, y dejando en pos de sí, como herencia, los desastres de la inundacion.

No es, por lo mismo, de estrañarse que aquellos gobiernos que dejan mulificarse las fuerzas vitales de un país, trabajando con tenaz obstinacion é inícuo egoismo en petrificar á una sociedad ávida de porvenir, desdeñen primero esos sordos murmullos que preludian la tormenta, y se vean despues sobrecogidos y arrollados por ella.

Sucedió, pues, lo que no podia menos de suceder. Los hombres de corazon é inteligencia, en lugar de propender al sostenimiento de lo que existia, ayudaban á su caida formando una opinion contraria, débil si se quiere al principio, pero que cada dia se propagaba mas vigorosamente. Y harto sabido es que la opinion pública, conjunto de ideas independientes, constituye el mas pujante elemento social, la fuerza irresistible que, cuando apoya á los gobiernos, sabe comunicarles vida y movimiento, así como cuando los hostiliza, caen necesariamente estrechados por una accion espontánea, hija de la comunidad de pensamientos, miras é intereses.

Los gobiernos, por tanto, que se colocan en esta última condicion, solo suelen sostenerse á virtud de

una tirantez contínua de todos los resortes, y como es imposible que semejante órden de cosas forme una existencia normal, su duracion tiene que ser efímera por necesidad. Con innumerables ejemplos nos enseña la historia que los poderes que han sabido conservarse mejor, son los que con mayor docilidad se prestan á realizar las trasformaciones reclamadas por la opinion. Hay, empero, hombres para quines es muda la historia y estéril la experiencia; y el gobierno de Cerna, al pretender mantenerlo tode en la inmovilidad, yacía como enervado por la apatía, soñando que nada era bastante para minar su fuerza que allá en su mente juzgaba inquebrantable.

Hábiles obreros de la inteligencia, preparaban, sin embargo, los materiales destinados á destruir aquel edificio. El tiempo, los hombres y las cosas, venian tambien obrando de consuno á favor de una mudanza radical. Ya el país rechazaba esa dictadura que embrutece á los pueblos y los convierte en rebaños, deseando ceñirse la aureola de la libertad, para obedecer gustoso á sus grandes inspiraciones. Veíanse claramente las chispas que debian producir el incendio, y solo se aguardaba una señal que sirviera como de principio al desarrollo de los acontecimientos.

VII.

Estimulado el general Cruz por el buen deseo de salvar á su patria, lanzóse á la lucha en Febrero de 1867; pero impaciente é imprevisor hubo de hacerlo sin ningun preparativo, dando el grito de libertad con unos cuantos hombres desarmados y sin reparar en los tropiezos ú obstáculos que habia de encontrar en su camino. Su tentativa fué fácil y prontamente reprimida, habiendo al efecto desplegado el gobierno prodigiosa energía y actividad. No á su prestigio, sino á la precipitacion en su adversario, así como á la escasez de sus recursos, debióse, pues, este resultado; pero de ahí tomaron argumento los hombres del poder para jactarse de que el país favorecia su política, y de que ese conato revolucionario era por él fuertemente condenado.

No fué cierto: la inmensa mayoría de la nacion estaba profundamente disgustada y deseosa de sa-

cudir el yugo; mas encerrada en un círculo de fierro, sin armas ni elementos de accion, el desaliento enervaba sus fuerzas, esperando favorables circunstancias para obrar y sublevarse.

Conviene hacer aquí una observacion. En toda sociedad hay cierto número de personas que, como los gladiadores en los circos romanos, ven caer y levantarse á los combatientes, ven revolcarse en la arena á los gladiadores, y apénas con un aplauso ó una sonrisa animan á los que luchan, á los que se sacrifican y á los qus mueren. Esos hombres, comerciantes, abogados, agricultores, industriales, que representan grandes intereses sociales, eran en Guatemala, casi en la generalidad, adversarios del gobierno. Ellos apetecian la felicidad de su patria, el porvenir de la República; pero egoistas ó tímidos, sufridos ó inactivos, nada se atrevian á hacer para enfrenar los desmanes de la autoridad, mostrándose, por el contrario, neutrales en apariencia. Faltábales un Prometeo, que arrebatando el fuego del cielo viniera, cual el semi-dios de la fábula, á dar animacion á esta nueva estátua; y como el general Cruz no era un Prometeo, nulificó el aislamiento sus esfuerzos y su voz se perdió sin eco entre las masas.

Además, en Guatemala la inaccion era general, la misma conducta de esa clase de persenas egoistas que tienen todas los sociedades, observaba el resto de la República. El despotismo prolongado

por tanto tiempo, habia enervado el ánimo de los guatemaltecos, y acobardados los pueblos casi se resignaban á su suerte y no tenian ni el valor necesario para reclamar sus derechos.

Los patriotas que tomaban á su cargo la empresa de derrocar el despotismo, tenian que comenzar, pues, por levantar el abatido espíritu de los pueblos y comunicarles la energía que les faltaba, con ejemplos de heróica abnegacion y patriotismo. Esto no era obra del momento, ni podia esperarse que las primeras tentativas sirviesen para otra cosa, que para conmover el añejo edificio de la tiranía, y para despertar á los guatemaltecos de su funesto letargo.

El movimiento revolucionario que acababa de fracasar, aunque proporcionó un triunfo á los despotas, no habia sido infructuoso para la causa de los pueblos: agitó los ánimos, avivó el odio contra la tiranía y arrojó la simiente de la revolucion que, regada con el destierro, prisiones, vejaciones y sacrificios de beneméritos guatemaltecos, debia pronto terminar y convertirse en árbol de profundas raices y de estensa ramificacion.

Fué desterrado el general Cruz, y lo fueron tambien ocho ó diez individuos de su familia, se persiguió á todos los que consideraban partidarios de la revolucion, y con el triunfo sobre esta, creyeron los mandatarios que su poder estaba afianzado y que

en mucho tiempo no tendrian enemigos que combatir.

Adormeciéronse con la aparente calma que reinaba en la República, no obstante que con harta frecuencia suele ser el anuncio de profundas agitaciones, como lo es de tempestades en los fenómenos de la atmósfera. Lisonjeábanse de ella como de un bien precioso: Esto prueba que nunca los poderes despóticos quieren confesar la presion que sobre los pueblos ejercen, y, cuando mas fuertemente los tienen asidos por la garganta, alegan su silencio en testimonio de aquiescencia, jactándose de la paz forzada como de voluntaria adhesion.

La paz! Durante la dominacion española tuvo la América prolongadísimo período de quietud, al cual nuestros antepasados dieron el nombre de paz, porque en la vasta estension de sus dominios no se encontraba gente armada que al gobierno combatiera, reprimiéndose no solo todo movimiento hostil, sino sofacándose hasta la intencion de promoverlo. Semejante tranquilidad era, empero, resultado de la opresion, era la carencia absoluta de actividad, el servilismo humillante del esclavo que encorvado bajo el látigo de su señor, arrastra una vida miserable.

Tal fué la que reinaba en Guatemala, porque cuando triunfa la tiranía, la paz no es mas que el marasmo de las conciencias aherrojadas, el silencio

de las tumbas con sus sombras tenebrosas y sus oscuros misterios.

Segun la accion ó la forma del gobierno, la paz es aparente ó real: es el resultado del terror ó de la confianza que este inspira; la consecuencia de la marcha arbitrario ó legal de una administracion tiránica ó pretectora; un estado, en fin, de estupor ó de seguridad, producido por una política violenta, ó bien conciliadora y benéfica.

Paz y despotismo son ideas que mútuamente se excluyen.

No hay ni puede haber sólida paz sino cuando está fundada en la justicia y en el respeto del derecho ageno; cuando no hay conflicto entre las medidas del poder y la libertad de los asociados; cuando los derechos colectivos é individuales son religiosamente acatados; cuando el gobierno celoso por la prosperidad pública, sabe imprimir movimiento á todo con la esplotacion de lo que proporciona ensanche á la inteligencia y bienestar á la sociedad.

Entonces sí hay paz, paz que infunde aliento á los pueblos, que fomenta su riqueza y derrama sobre ellas gigantescas oleadas de civilizacion. Pero en Guatemala ni remotamente existia tan benéfica paz, ya que el gobierno nada ejecutaba, porque nada sabia ó queria ejecutar, excepto mantener sujeta á la nacion, que marchaba de ese modo á una ruina evidente con descrédito de su buen nombre entre los pueblcs cultos. Al cuerpo social deteni-

do en su desarrollo progresivo, no se le ofrecia mas perspectiva que la muerte, semejante á un árbol donde no circulara ya la sávia que le infunde vida, vigor y lozanía.

VIII.

Tocóle al general Cruz residir en la Republica del Salvador. Allí se le vigilaba de cerca por el gobierno de Dueñas, que siendo una hechura del de Guatemala estaba tan íntimamente ligado con él que de la existencia del uno dependiala existencia del otro. Mas, en cambio de esa viglancia, tuvo el general Cruz la simpatía de los bravos salvadoreños, que en Centro-América se han distinguido siempre por su amor á la libertad, le prodigaron lasmayores muestras de aprecio, y cuando les dejó entender su proyecto, se apresuraron á proporcionarle los auxilios necesarios para que lo llevase á cabo, con la conviccion de que trabajando por la libertad de los guatemaltecos, trabajaban por la suya propia, pues era indudable que derrocado el despotismo de Guatemala, venia á tierra el del Salvador.

Comenzaron á hacerse los preparativos con la ma-

yor reserva y actividad, el movimiento debia verificarse en combinacion con el que proyectaban los otros emigrados guatemaltecos en la frontera mexicana; pero próximo ya el dia de obrar, supo ó sospechó el gobierno salvadoreño lo que pasaba, y dió inmediatamente la órden de destierro contra D. Serapio y D. Antonio Cruz, inutilizando así los trabajos que estos tenian ya bastante adelantados.

Miéntras tanto, D. Francisco Cruz, hermano del general, habia conseguido formalizar su expedicion por el lado de la frontera mexicana; sirvióle mucho para ello la amistad de D. José Rufino Barrios, vecino del Departamento de San Márcos, que aunque ajeno hasta entónces á la política, tomó parte activa en la empresa de D. Francisco Cruz, auxiliándole con sus recursos, relaciones é influencias, y consagrándose enteramente desde aquella época, á trabajar con laudable constancia en favor de la causa que habia abrazado. En el Malacate, hacienda del mismo Barrios, que se halla situada sobre la línea divisoria de México y Guatemala, con terrenos de una y otra República, fué donde se organizó la expedicion. Lograron reuir ciento y tantos hombres mal armados, y á la cabeza de ellos sorprendieron la guarnicion que habia en la ciudad de San Marcos, cabecera del departamento, y marcharon sobre Quezaltenango. Sabiendo empero que en aquella ciudad se tomaba noticia del movimiento y aun se preparaban tropas para atacarlos, contramarcharon des-

pues de haber andado mas de medio camino, y como no hubiesen dejado fuerzas enemigas á la retaguardia, regresaban llenos de confianza, cuando los indígenas de San Pedro Tacatepeques, poblacion inmediata á San Marcos, en número mayor que mil, y armados de palos se echaron sobre ellos, los dispersaron, mataron á algunos y prendieron á otros, sin contar al mismo D. Francisco Cruz, que lleno de golpes y heridas, habia caido bajo su caballo.

El Comandante de Quezaltenango dió parte de lo ocurrido al gobierno, y en contestacion le ordenó este que fusilara inmediatamente á Cruz; órden que fué cumplida llevando al patíbulo á un hombre que probablemente habria muerto á los pocos dias, á consecuencia de los golpes y heridas qne recibió cuando lo prendieron.

La muerte de D. Francisco Cruz y sus compañeros, fué unode esos imperdonables asesinatos, á que en su desesperacion acuden los déspotas cuando sienten que el poder se les va de las manos. Si matar al enemigo vencido es crímen, hacerlo con el adversario de guerras civiles, sin juzgarlo ni oirle en defensa, es mas que crímen, es un hecho inmoral, bárbaro é inicuo.

Comenzó entonces á derramarse la sangre de los patriotas, con la cual debia pronto reverdecer el marchito árbol de la libertad. Propusieronse las personas del gobierno contener la revolucion difun-

diendo el terror; pero en vez de conseguirlo, enconaron mas los ánimos y aumentaron los combustibles que lentamente iban preparándose para la conflagracion general.

La impavidez y valor con que sufrió su suerte el valiente D. Francisco Cruz, fué estímulo poderoso para que muchos abrazasen la causa que daba á sus defensores el suficiente heroismo para morir con el corazon tranquilo y la frente serena.

Los que ya estaban en las filas revolucionarias, sintieron como era natural, la perdida de uno de sus mejores gefes; pero en ninguno produjo desaliento, sino que por el contrario los afirmó en el propósito que ya tenian de morir ó devolver á Guatemala su libertad. El mismo general Cruz, al saber la muerte de su único hermano que le quedaba, dirigiéndose á los déspotas, consignó en su manifiesto de Setiembre del propio año estas hermosas palabras "Torpes! os engañásteis miserablemente creyendo intimidarnos con ese acto de barbarie: mi hermano no es el primer Cruz y probablemente no será el último que se sacrifica combatiendo por la causa de los pueblos; otros le han precedido en el mismo camino, ¡quién sabe cuantos le seguiran! hoy todavía somos muchos; moriremos todos si fuere necesario, y cuando el sacrificio de nuestras vidas no sea bastante para hacer triunfar la sacrosanta causa de los pueblos, servirá al ménos para darle un fuerte impulso." Que esa terrible amenaza y esa he-

róica oferta eran la fiel espresion de los sentimientos y convicciones de quien las hácia, vinieron á demostrarlo en breve los sucesos posteriores.

El mal éxito de la expedicion de D. Francisco Cruz y el fusilamiento de este produjeron, es verdad, una instantánea impresion de desaliento en todos los guatemaltecos; que no tenian igual valor ni tanta fé como los que enarbolaran la bandera de la libertad. Bajo esa impresion, aun los mas entendidos é ilustrados, calificadan de temerario el proyecto de combatir contra el despotismo que llegaron á creer invencible.

Empero, el general Cruz y los suyos, con una perseverancia digna de la causa que sostenian, continuaban trabajando incesantemente, sin que los desengaños, sus reveses, las contrariedades, ni aun la pusilanimidad de los conciudadanos alcanzasen á resfriar su ardiente celo y á separarlos un ápice de la senda que se habian trazado.

La fé que tenian en que mas tarde ó mas temprano deberian truinfar el derecho y la justicia contra la usurpacion y el abuso, fueron comunicándole poco á poco á los amedrentados, que ya dudaban de la exactitud de este axioma: "A un pueblo le basta querer ser libre para conseguirlo."

Desvanecida la impresion de terror, cesó en parte el desaliento; pero aun quedaba por combatir la desconfianza que la generalidad tenia en el éxito de la revolucion. Todos esperaban que se desarrolla-

ra y ofreciera grandes probabilidades de triunfo para tomar parte en ellas. Recelaban los unos de los otros y por temor de ser deunciados, ocultaban su pensamientos y abandonaban á los que se habian lanzado á la lucha sin prestarles otro auxilio que el de su reservada y estéril simpatía.

Muchos, conciliando sus patrioticos deseos con el invencible temor que tenian á los déspotas, quisieron derrocar á estos por las vias legales; como si tas cosa fuera posible contra los que esgrimen las armas en la mano y están resueltos á conservar el poder á toda costa, sin reparar en los medios por reprobados que sean!

Aquella absurda pretension debia sin embargo producir grandes ventajas á la causa de la libertad, porque los tímidos é irresolutos se animaron á ser opositores en el terreno legal, y descubiertos así ante los déspotas que ninguna clase de opinion admitian ni perdonaban, se vieron no pocos obligados á tomar parte activa en la revolucion; pero no nos antticipemos á los hechos, que ocuparán oportunamende el lugar que les corresponde.

IX.

En la República de Honduras estaba de presidente el general D. José María Medina, el mismo que colocó el general Carrera cuando la guerra con el Salvador.

Simpático é insinuante, de regular talento, de carácter débil y variable, con mediana educacion, caprichoso y despótico en sus órdenes y disposiciones, el general Medina habia sido un pésimo gobernante para cualquier otro país que no fuese Honduras mas en el estado de atraso en que este se hallaba con un pueblo acostumbrado á las revoluciones, á que tanto se prestan la natural riqueza de la República y la grande estension de sus de desiertas montañas, el general Medina si no habia hecho mayores bienes, tampoco habia causado mayores males que los que le precedieron en el mando.

Aunque por sus principios políticos, por tener el mismo orígen y por hallarse ambos bajo la inmediata influencia del de Guatemala, debian los gobiernos del Salvador y Honduras marchar de acuerdo y conservar buena amonía, no era así. Disgustado el general Medina con el presidente Dueñas, porque este tenia empleado al general Xatruch, rival de aquel en la presidencia de Honduras, cultivaban escasas relaciones oficiales, pero se detestaban mutuamente, y cada uno de ellos hubiera hecho cualquier sacrificio por derrocar al otro.

Al saber el presidente Medina que los Cruces habian sido desterrados del Salvador, y que se hallaban en territorio de Honduras, los instó para que vinieran donde él estaba, los colmó de atenciones y viendo en ellos el auxiliar que necesitaba para luchar contra Dueñas, á quien temia por los auxilios que indudablemente le prestaria Guatemala, quiso tomar parte importante en la revolucion contra el gobierno de esta República. Ofreció en efecto al general Cruz ayudarle en cuanto le fuera dable para que llevara adelante su proyecto hasta arreglar con él los puntos esenciales y aun los detalles de la empresa; empezando á cumplir sus compromisos con cambiar las autoridades, dar el mando de las armas en los Departamentos limítrofes de Guatemala á las personas elegidas por el mismo general Cruz, y situar en la frontera los rifles y elementos de guerra que á éste debian servirle.

Temiendo los resultados de esa liga Cerna y sus ministros, trataron de separar al general Medina del general Cruz, y con tal objeto escribieron al primero diciéndole que los emigrados guatemaltecos eran hombres perjudiciales y muy peligrosos, á quienes debia vigilar y concentrar en alguno de los Departamentos interiores, por su propia conveniencia y para evitar que trastornasen el órden de Guatemala, que era una República amiga de la de Honduras. Junto con esta precaucion, tomaron la de situar una fuerza en Chiquimula, ciudad inmediata á la frontera; pero ningun resultado produjeron de pronto las notas y cartas particulares dirijidas al general Medina y la precaucion de situar un ejército en Chiquimula, sino el de aumentar los gastos y con ellos las dificultades pecuniarias en que se encontraba el gobierno de Guatemala.

Hechos los preparativos necesarios para la espedicion, hubo sin embargo, que suspenderla por algunos dias; pues el general Medina se veia amenazado de una revolucion interior que tramaban los descontentos, excitados por los agentes de Dueñas; pero asegurada la paz con auxilio del general Cruz que tomó el mando de las fuerzas que de Granas marcharon á la capital, nada faltaba ya para dar principio al proyectado movimiento.

Marchó el general Cruz á organizar y armar su fuerza en la frontera, y ocupándose de ello estaba cuando las autoridades le mostraron órdenes que

acababan de recibir, por las cuales les prevenia el gobierno que impidieran la espedicion y no entregaran los rifles y elementos que se habian puesto á las órdenes de Cruz. El orígen de esta contra-órden debe buscarse en el inconstante y variable carácter del general Medina: sin duda los hondureños partidarios del gobierno de Guatemala lo rodearon, le exajeraron los peligros á que se esponia, y arrastrado por su influencia se arrepintió de lo que habia hecho; fué inconsecuente y aun cometió la ingratitud de mandar que los emigrados guatemaltecos, que acababan de ayudarle á asegurar la paz, fuesen concentrados á la capital.

Esta decepcion obligaba al general Cruz y á sus compañeros á comenzar de nuevo una obra que creian tan adelantada: habian perdido su tiempo y sus trabajos: habian gastado gran parte de sus recursos, que de por sí no eran muy abundantes: no debian contar ya con la amistad y proteccion del gobierno de Honduras, con el cual no era posible entenderse despues de la conducta observada por el general Medina: no podian llegar al Salvador, cuyo gobierno les era declaradamente hostil: del mismo Guatemala no debian esperar grandez auxilios, porque conociendo á sus paisanos sabian que era casi imposible que voluntariamente se comprometiesen en una empresa segura en peligros y muy dudósa á sus inmediatos resultados. Sin la ardiente fé y extraordinaria energía que la Providencia

coloca en el corazon de los hombres á quienes destina para sostener la causa de un pueblo oprimido, el general Cruz y los que lo acompañaban habrian cejado ante ese cúmulo de circunstancias adversas, habrian desesperado de conseguir su intento, y perdidos con esto los esfuerzos y sacrificios anteriores, Guatemala habria tenido que conformarse con su suerte y arrastrar aun por mucho tiempo las duras cadenas del despotismo; pero no fué así: desde el gefe hasta el último soldado pasaron con impavidez por la nueva prueba á que se les sujetaba; todos á una voz dijeron: ya no contamos con estas armas ni con este territorio, busquemos otras armas y otro suelo, para poder acudir al llamamiento de nuestros hermanos.

Partió el general Cruz á Nicaragua, y no encontrando allá lo que buscaba, resolvió trasladarse á la frontera mexicana, de donde sus hijos, Barrios y los demas que habian acompañado á D. Francisco, no cesaban de llamarlo con la esperanza de que por aquel lado fuera mas fácil hacer la guerra al gobierno de Cerna. Aun para esos viajes tuvo el general Cruz inmensas dificultades que vencer; mas ni la enfermedad, ni los contratiempos, ni los disgustos, ni el dolor de ver á sus hijos, parientes y amigos perseguidos ó desterrados, nada era capaz de disminuir su patriotismo, ni de quebrantar su indomable energía.

No era menor la constancia ni mucho mejor la

situacion de los guatemaltecos que estaban por el lado de la frontera mexicana, y que encontrándose sin gefe llamaban al general Cruz con instancia.

Aunque por tener inmediatos los Departamentos de los Altos, donde mas habian cundido las ideas revolucionarias, era hasta cierto punto, fácil organizar una espedicion, carecian sin embargo aun de los recursos necesarios para atender á sus módicos gastos personales, y las autoridades mexicanas les molestaban con frecuencia, retirándolos de la frontera, y algunos de ellos, como el infatigable Barrios, sufrieron la vejacion de que los llevasen de una á otra ciudad, presos, amarrados y á pié. Dejémosles ocupados en su laboriosa tarea, y véamos lo que entretanto ocurria en Guatemala.

X.

Con existencia dura y penosa iba caminando la República, cuando trascurrió el período presidencial del general Cerna y llegó la época de una nueva eleccion.

En todo presentaba aquel país excepcional aspecto. Tenia una *acta constitutiva*, informe conjunto de prescripciones que exprofeso venian apoyando la tiranía, pues parecen haber sido hechas para reglamentarla y sancionar la mas absoluta unidad despótica, ó el desprecio mas completo de los derechos populares. Confeccionada bajo la autocrática administracion del general Carrera, hubieron naturalmente de condenarse los dogmas liberales por ella siempre menospreciados. Nada, por tanto de libertad en el sufragio. Excluíase al pueblo del censo electoral, sembrando de espinas la senda que tenia que andar para acercarse á las urnas. Los poderes públicos se nombraban por cuerpos privile-

giados, proclamándose de este modo la supremacía de unos cuantos sobre la generalidad, con menoscabo de las doctrinas mas elementales del sistema constitucional. Era única en su género esta famosa carta, cuyos principios disolventes chocaban abiertamente con el espíritu dominante en las modernas sociedades.

Entre los poderes públicos figuraba en segundo término, ya que el primero correspondia al gobierno, una asamble legislativa. En ella solo se daba entrada á los miembros mismos del gabinete, á sus seides y empleados, para absorberse así las facultades de la soberanía y hacerse superior á todos los derechos del país. En lugar de ser siquiera una asamblea electa por el voto espontáneo de las corporaciones que la nombraban, constituiase de órden suprema; y, como emanacion del gabinete, era sumisa en estremo, y mas cuidadosa de los intereses de los hombres del poder, que de los que con relacion al bien general inspiraba el patriotismo.

Rotos parecia que estaban los resortes del espíritu de independencia en la mayoría de los diputados, sin que nada bastara para templar en ellos las fibras de la dignidad personal. Sujetando su voluntad á la voluntad del ministerio, recibian la consigna, arreglaban á ella sus resoluciones, y por eso de contínuo se les veia suprimir todo debate, atropellar las leyes, tergiversar los fundamentos de una buena política, desnaturalizar las bases que en cual-

quiera nacion, monárquica ó republicana, tiene el régimen representativo, y, en su consorcio con el Ejecutivo, aprobar todos sus actos, para que á mansalva y con insultante impunidad ejerciera la mas ilimitada dictadura. Venia aquel cuerpo á ser de este modo un simulacró de representacion, una farsa grosera, *una cámara aprobativa*, segun la feliz idea de un ilustre orador, pudiendo quizá haber habido congresos mas perniciosos, pero de seguro ninguno mas degradado.

Al aproximarse la época de la eleccion presiden cial, reunióse la asamblea, y desde las primeras sesiones notóse con asombro que se formaba en su se no un núcleo enérgico de oposicion como consecuen cia de los esfuerzos y sacrificios de los patriotas que comenzaban á producir sus frutos. Varios diputados de noble altivez y osado carácter, á cuya cabeza descollaban los Sres. D. Miguel García Granados, D. Arcadio Estrada y D. José María Samayoa, trataron de combatir al absolutismo y de sostener los derechos del pueblo. Acostumbrado el gobierno á que la cámara le rindiera humilde homenaje aun en sus antojos, al escuchar la elocuente voz de oradores que anatematizaban sus bastardas usurpacione, encendióse en ira, prorumpiendo en sordas amenazas y en acentos de terrible enojo.

Organizado así un partido hostil en el seno de la representacion nacional, antes muda é inerte, abríanse los debates tempestusaomente, tomando parte las

ilustraciones del país en discursos donde competian á la par lujo de saber y vigorosos razonamientos Aunque pequeño en número aquel partido, era grande por el valor y el talento, y atacaba al gobierno con esas fórmulas concisas, esas imágenes atrevidas, esas protestas de hombres independientes que se encaran á la tiranía. Convertíase entonces el salon en inmenso tumulto dande relampagueaban de un modo siniestro el odio y la cólera, apasionándose vivamente las galerías, henchidas por un público selecto que acudia presuroso ante la novedad del espectáculo.

Era la oposicion siempre derrotada por la mayoría ministerial; pero en cambio adquiria en el país grandes triunfos, ya que en asuntos políticos hay descalabros que son victorias, como hay victorias que son descalabros. Conmovida la opinion pública con el eco de aquellos combates de la tribuna, se incendiaba á los relámpagos de los oradores, despertándose en las masas sentimientos adormecidos, hasta producir en ellas profunda ansiedad y esa excitacion é inquietud que suelen ser presagio de grandes acontecimientos.

Entrando la nacion por senda mas dilatada que la que antes iba recorriendo, marcábase bien la fisonomía de ambos partidos contendientes.

Para el partido ministerial compuesto casi exclusivamente de empleados en el gobierno, este era excelente, por que ellos estaban bien, tenian abier-

tas las puertas del erario, disfrutaban de consideraciones, y deseaban, por tanto, seguir esplotando la mina.

Al partido de oposicion se le tachaba de aspirante, pero en realidad se le veia animado por un espíritu sincero, anhelando vivamente un cambio para que no se conculcaran dia á dia los principios tutelares de toda sociedad civilizada, pretendiendo tan solo el imperio de la ley, del órden y del progreso, basados en la libertad,

En los ministeriales, sus miras eran mezquinas, personales sus intereses; en los de la oposicion, aparecian nobles y elevadas sus aspiraciones.

Cuádraban al gabinete los primeros, pues siempre son gratas la sumision y la lisonja; desagradábanle profundamente los otros, ya que proclamaban sus errores é ineptitud, y la verdad siempre es amarga para el poderoso.

Las plumas que sostenian al poder, así como sus oradores, eran empleados suyos de alta categoría; mientras que no se dejaba escribir á sus adversarios, y apénas gozaban de alguna libertad, en la tribuna, ahogada bajo el peso del número.

El gobierno estaba solo, sin mas fuerza que sus soldados mercenarios; la oposicion contaba con la voluntad de las inteligencias esclarecidas y de las almas independientes.

De todo esto resultaba, que de parte de los ministeriales no habia conciencia sino servilismo, no

na fé y la sinceridad, puesto que solo los guiaba el deseo de la regeneracion de su país.

En el paralelo de ambos partidos, la nacion entera estaba del lado de la oposicion, viendo en ella vinculadas la justicia, la moralidad, y por consecuencia, la grandeza de la República.

Cuando los ánimos se hallaban en mayor efervescencia á causa de las sesiones de la Asamblea, y mas vivamente atizadas las pasiones bajo el soplo ardiente de las disputas políticas, comenzaron los trabajos preparatorios para la eleccion presidencial. Dos eran los candidatos que habian descendido á la liza: el general Carna, cuya reeleccion sostenia el partido ministerial; y el general Zavala, cuyo nombre fué propuesto por el partido de la oposicion.

Tienen á veces los gobiernos, lo mismo que los individuos, inspiraciones que les aconsejan ser cautos á vista de los precipicios en que pueden hundirse. Favorable presentábase la oportunidad para una transaccion entre ambos bandos beligerantes, aceptando los ministeriales la candidatura del general Zavala, amigo suyo, y el cual por sus antecedentes les prestaba amplísimas garantías. A ello se negaron, sin embargo, con tenaz obstinacion, guiados por el innoble propósito de seguir dirigiendo exclusivamente los destinos del país, aun á riesgo de perturbar el órden y bienestar de la República.

En vez de marchar en tal coyuntura por ancho y despejado camino, tomaron el estrecho sendero de

una tortuosa política, prefiriendo correr los azares de la guerra civil que todos preveian, á la conservacion de la paz y la concordia de los ánimos, no solo posibles en aquellas circunstancias, sino perfectamente realizables, como debia sucedér entre partidarios de buena fé, pues los nobles corazones tienen siempre un terreno comun donde es fácil encontrarse: el amor de la patria.

Pero para aquellos hombres nada era la patria, tratándose de su perpetuidad en el poder, no obstante que palpaban hasta la evidencia su desprestigio y los clamores de la nacion entera por otras instituciones y otro personal en el gobierno. Creyéndose á todos superiores, parecíales humillante descender de sus altos puestos é ir á confundirse entre el resto de sus conciudadanos, habiendo llegado á ese estado supremo de ambicion que hace desvanecer la inteligencia ante el sueño vertiginoso de fundar una especie de dinastía para sí y sus herederos bajo la bandera del despotismo.

Con objeto de escusar su conducta, tachaban al país en sus escritos de falta de personas idóneas, figurándose con necio orgullo é inaudita presuncion ser los únicos capaces de tomar parte en la direccion de la sociedad. Respecto de sus adversarios aparentaban ver en ellos unos cuantos intrigantes movidos por miras bastardas, en vez de ilustrados ciudadanos que, si anhelaban un cambio, era por el bien de la patria, porque la amaban y querian ser-

virla noblemente. Y así, ante la obstinacion de tales hombres, quienes juzgaron empresa fácil continuar subyugando á la República, vino á crearse una situacion deplorable, la cual traia conturbados los espíritus, que en vano buscaban el remedio de tan profundos males.

XI.

Bajo semejantes auspicios hubo de congregarse la Asamblea en Colegio electoral, para proceder á la eleccion de Magistrado Supremo de la República.

Pero antes que pasemos adelante, detengámonos un momento á fin de trazar algunos rasgos biográficos de los candidatos que se disputaban la victoria.

Nada notable ofrecian los antecedentes históricos del general Cerna: debia su entrada en la escena política á los Cruces. No queriendo estos, el año 48 conservar ningun cargo de importancia para sí ó para los gefes que habian servido á sus órdenes, y deseando al mismo tiempo que recayese el mando de las armas en una persona que no pudiera aun con ellas imponer la ley, exijieron por uno de los artículos del tratado de Zacapa que ese mando se

diera á D. Vicente Cerna, pacífico hacendado del Departamento de Chiquimula, que á la circunstancia de pertenecer á una muy estendida familia, reunia la de tener buenas relaciones con los gefes de la revolucion, y principalmente la de que las armas no eran peligrosas en manos tan poco aptas para su manejo. Nombrado corregidor de Chiquimula durante el gobierno de Carrera, fué allí emblema del terror, y vaciado en el molde del absolutismo, era un bajá sin el traje oriental.

A la muerte de aquel ilustre gefe, se apercibieron los ministeriales de las ideas despóticas fuertemente acentuadas de Cerna, no siendo menester mas para adoptarlo por su favorito. Educado bajo la tiranía, natural es que abrigara las mismas propensiones que ella. De ahí su elevacion á la Presidencia. En tan alto puesto, pronto dejó ver su falta de conocimiento del mundo y de los hombres, así como la carencia absoluta de ese recto juicio y sagacidad que requieren el gobierno de un Estado, razon por la cual venia el país en sus manos de precipicio en precipicio hasta su ruina.

Creíase él una gran figura, pero en realidad no era sino completa mediania. Como militar, no contaba en su carrera sino hechos comunes, ó derrotas cual la de Coatepeque en la guerra del Salvador, puesto que á su impericia se debió la pérdida de aquella jornada. Como político, solo se distinguia por su limitado horizonte intelectual, que lo hacia

aferrarse á doctrinas sin grandeza, rebeldes á lo presente é inaccesibles á lo porvenir, y por su sujecion á las inspiraciones de su ministerio. Los lamentos del pueblo llegaban hasta él tornándose en cantos de alabanza: las espinas que en el camino de éste punzaban, se le hacian aparecer como flores; y si alguna vez los ecos sordos de la tempestad resonaban con fuerza en sus oidos, la turba palaciega le insinuaba que era fácil apaciguarla con medidas extremas ó con solo la fuerza de su prestigio. Era ademas de carácter obcecado, habiéndose atraido la antipatía general por sus numerosos defectos, aunque poco se cuidaba de eso, sobrándole desden para desafiar todas las opiniones.

El general Zavala, oriundo de la capital y de una de las mas distinguidas familias, pasó sus años juveniles en los Estados-Unidos, país escojido para su educacion. De regreso en el suelo natal, una inclinacion irresistible le lanzó á la carrera de las armas, en la cual ascendió rápidamente merced á la intrepidez que supo ostentar en repetidas hazañas. En el ejército se le citaba siempre como uno de los mejores oficiales que honraban sus filas.

En la penosa y larga campaña contra Walter y sus filibusteros, el general Zavala, gefe de las fuerzas de Guatemala, se distinguió por su caballerosidad con los prisioneros, el buen trato á los subalternos y un valor que rayaba en temerario; esa campaña enalteció su nombre en todas partes, dán-

dole inmensa popularidad en Centro América. En la guerra contra el Salvador el presidente Carrera elijió para su segundo al general Zavala, confiriéndole el alto puesto de mayor general del ejército y el mando de la primera division; el éxito acreditó el acierto del nombramiento, pues en aquella espedicion no se desmintió el valor, constancia y actividad de Zavala. Hacíase por otra parte notable á causa de su integridad, de la nobleza é hidalguía de sus sentimientos, de sus finos modales y otras cualidades que le adornaban.

En el dia de la eleccion presidencial, Enero 17 de 69, las galerías de la sala donde la Asamblea celebraba sus sesions, sus avenidas, y aun las calles cercanas al edificio, llenas estaban de inmenso gentío. Habíase desplegado estraordinario lujo de tropas, no tanto para mantener el reposo público, como por ostentar aparato militar; pero á pesar de esto, conforme iban entrando los diputados de la oposición, eran calurosamente aclamados por la muchedumbre.

Al principiarse el escrutinio reinaba profundo silencio, y al terminarse el acto con la proclamacion del general Cerna por mayoría de votos, el estupor embargó un momento los ánimos, estallando despues prolongados murmullos y gritos de muerte contra los miembros del gobierno y sus partidarios.

El tumulto era indescriptible. Todos á porfía protestaban contra aquel fatal resultado, pues así veian rotas sus mas caras y patrióticas ilusiones. El pueblo, que se sentia impelido por el progreso, abrigaba contra sus tiranos ódio profundo, y ardientemente anhelaba que tomáran las riendas del Estado otros hombres, que no pospusieran el interes de la generalidad á su interes privado, ahogando con férrea mano toda trasformacion en beneficio de la patria.

Cuando los miembros del gobierno y sus adictos se retiraron mudos y consternados en medio de los insultos de la multitud, ésta, poseida de la mayor vehemencia, condujo en triunfo al general Zavala, y al ver á su paso en un establecimiento público la tricolor bandera mexicana, la tremoló en sus manos, como buscando un símbolo de sus esperanzas ó una enseña que la guiára al combate.

Hallábanse los ánimos en ese estado de exitacion en que algunas inteligencias atrevidas, algunos brazos activos, bastan quizá para imprimir á los sucesos un curso inesperado.

In vitóse al general Zavala para que, poniéndose al frente del movimiento, se dirijiera á las tropas y procurase atraerlas á su partido; pero él negóse á ello, manifestando que jamas ascenderia al poder por otro medio que no fuese el de las vias legale s.

El pueblo, no obstante, corria por calles y plazas, apedreando las casas de sus enemigos y espresando de todos modos su descontento, al grado de ir á insultar al pié de sus balcones al mismo general Cerna.

La guarnicion, que constaba de mas de tres mil hombres, habíase hasta entonces mostrado inofensiva; pero ante esta última demostracion, destacáronse fuertes columnas que maltrataron á aquellas masas desarmadas é inermes, asesinando inicuamente al jóven Rubio, y logrando disipar los grupos y restablecer otra vez la pavorosa tranquilidad de los sepulcros.

Muchos creyeron que si el pueblo hubiera tenido armas, habria alcanzado por sí solo éxito completo. Error profundo. El pueblo sin la disciplina militar, no es sino una fuerza convulsiva, poco firme ante soldados organizados, gente que brota en un dia de entusiasmo para desaparecer súbitamente en una hora de abatimiento é infortunio.

Siniestro era el aspecto que la capital presentaba despues de estos sucesos. Nublado el resplandor de la libertad, los espiritus estaban contristados. Murmuraba el comercio, protestaban las conciencias independientes, y todos se alarmaban presintiendo males para la República.

Un gobierno mas patriota ó mas previsor, se habria apresurado á resignar el poder en otras mano

pero el de Cerna decíase á si propio que renunciar era suicidarse. Esto, que habria sido verdad en otras circunstancias, no tenia aplicacion en aquellas, pues su salvacion solo estribaba en retirarse, ó en hacer las concesiones que el país reclamaba, imperiosamente. Nada de eso hizo. Decidió resistir á todo, apoyándose en el lema de su partido que decia á la época y al país: "*de aquí no pasarás.*"

Creyeron ver algunos en tal actitud uno de esos rasgos de valentía con que los gobiernos se salvan en las crisis peligrosas, pero los mas creyeron oir el postrer suspiro de agonía de aquel partido. No equivalia esto, en efecto, á lanzar á la generalidad de los guatemaltecos en la revolucion. ¿Qué pedian todos sino la libertad que racionalmente no debia negárseles? Dónde estaban en Guatemala aquellas turbas feroces y sanguinarias, que saquean las ciudades, proclaman la anarquía,y entregándose á todo linaje de excesos son un peligro extremo para la sociedad? Legítima es sin duda la represion contra la demagogia; pero injusto sobremanera será siempre sofocar con brazo de acero las nobles aspiraciones de los pueblos por una situacion bonancible y hácia un porvenir mas lisonjero.

Al miedo, sin embargo, todo le infunde sospechas, y á las sospechas todo le sirve de prueba. Con pretesto de consolidar el órden, adoptóse un régimen de terror, decretándose persecusiones y arrastrando á multitud de ciudadanos. No hay en Guate-

mala nadie que no recuerde como se tratában á estas desgraciadas víctimas: se las encerraba en mazmorras oscuras, fétidas, horribles, se las cargaba de grillos y se las torturaba cruelmente. De repente desaparecian sin que se supiera su suerte: á sufrir dura prision en mortíferos climas se enviaba á las unas; á las otras se les conducia al cadalso silenciosamente para herir sin eco. Prontitud, secreto, mordaza en la defensa, nada de publicidad, nada de garantías: tales eran los procedimientos de esos juicios, en los cuales se encuentra el sello del crímen político y una triste reminiscencia de los tribunales sombríos de Venecia.

Y todo esto el gobierno lo ejecutaba en pró del ¡órden! Qué órden era este que así asesinaba el buen nombre de la nacion, que no proporcionaba una hora de reposo á los ciudadanos é intentaba sumergir al país en las tinieblas del siglo de Atila? ¿Era acaso preciso para su sostenimiento que nadie hablase, que nadie pensara, que la humanidad siguiera otro rumbo distinto del marcado por la mano de Dios?......

En ninguna parte puede decirse que reina el órden, si no se advierte mutua confianza entre el gobierno y los gobernantes, si no hay respeto á todos los derechos, libre manifestacion de todas las ideas legitimas, holgada satisfaccion de las necesidades públicas, inviolabilidad de las garantías individuales.

Mientras no existen semejantes condiciones, no hay ni puede haber órden en una sociedad, porque tal no debe llamarse ese órden oficial, resistente, rerógado, especie de pirámide cuya base es la tiranía y cuyo vértice es la mas absoluta insensatez.

XII.

Durante la lucha elecctoral, los emigrados no habian permanecido ociosos: mezcláronse en ella cuanto les fué posible. A su ejemplo y esfuerzos, debíose en gran parte el admirable entusiasmo que el dia de las elecciones manifestó el pueblo de la capital y á su propaganda, que el despotismo de Guatemala fuese ya odiado en todo Centro América y aun en los Estado mejicanos mas inmediatos á la frontera; sin descuidar por esto sus trabajos revolucionarios, pues no creyendo posible el tiempo de las elecciones, solo veian en citas el medio de desengañar á los que aun abrigaban la esperanza de curar el mal sin recurrir á las armas.

En Nicaragua cuando D. Serapio Cruz proyectó su viaje al Estado de Chiapas, el Lic. D. Antonio Cruz emprendió el viaje para la República de Costa Rica, siempre con el objeto de trabajar en favor de la revolucion. Al poco tiempo de hallarse en la

capital de aquella privilegiada seccion de Centro América fundó un periódico para que circulara esclusivamente en Guatemala, donde se repartia gratis y con mucha reserva. Redactábanlo el mismo Lic, Cruz y D. Francisco Molina, emigrado guatemalteco tambien de notable capacidad é ilustracion; y aunque pequeño ese periódico, produjo grande efecto en el ánimo de los oprimidos guatemaltecos que, condenados á ver únicamente las publicaciones del gobierno, buscaban con ánsia y no leian, sino que devoraban aquel órgano de la oposicion, contribuyendo á darle mayor interes, la persecucion de que era objeto por parte de los ajentes del gobierno.

Por lo apropósito que es para dar á conocer los incidentes y ciertas circunstancias de la lucha electoral, voy á permitirme la reproduccion de lo que sobre ese asunto dijo entonces el indicado periódico:

"Las personas del gobierno, resueltas á defender su presa, como defenderia el hambriento tigre lo que cayera entre sus garras, se alistaron para la eleccion, llamando á la capital y haciendo levantar en las provincias todas las tropas que les inspiraban menos desconfianza, y ordenaron á los comandantes departamentales que en el caso de salir electo para presidente el M. Zavala, reuniesen á las municipalidades, curas y vecinos notables y los obligaran con astucia, ó con la fuerza si era necesario, á proclamar á Cerna y á desconocer el voto de la asamblea. Qué descaro! Qué impudencia! ¡Cuánta perversidad de-

be haber en el corazon de esos hombres que pretenden conservar el mando de una República que los detesta, para que no reparen en los grandisimos males y en las ensangrentadas consecuencia de la lucha queprovocan! ¿Qué les importa á ellos la fortuna, el bienestar ni la vida de los ciudadanos? ¡Queden algunos vivos y continúen siendo sus esclavos; este es el deseo del gobierno; y para conseguirlo, todos los medios son buenos ante la conciencia de esas depravadas gentes.

"Con esas tropas preparadas y cuyo gasto costea el pobre pueblo contra quien se dirijen, sostuvo el gobierno la reeleccion de Cerna: la logró, é infatuado con el triunfo, aun en medio del terror que le inspiraban las amenazas del pueblo, se jacta con cinismo de haber conseguido, contra los votos del pueblo, la reeleccion, y publica en su periódico oficial: que el dia de las elecciones desde muy temprano el pueblo reunido victoreaba y proclamaba presidente al M. Zavala. Semejante cinismo y todos los demas actos del gobierno, han tenido por objeto provocar al pueblo, para ver si logra que exasperado se lance, en un momento de cólera, contra el gobierno, que está prevenido y que anhelaba esa ocasion para tener el pretesto de asesinar á algunos y desterrar á muchos. Los Guatemaltecos han obrado cuerdamente negándose hoy á tan desigual lucha, y las personas del gobierno que le provocan no han de quedarse con el antojo, porque

oportunamente les dará gusto el pueblo lanzándose sobre ellos.

"Tan vivo era el deseo de las gentes del gobierno de traer al pueblo á una lucha desigual, y tanta su barbarie, que mandaron á las tropas hacer fuego sobre grupos desarmados: muchos fueron heridos y uno de ellos, el infortunado jóven Lic. D. Luis Rubio, no pudiendo por su herida seguir á todos los compañeros que huian de aquel bárbaro ataque, fué cojido por la escolta que mandaba el general Bolaños y su ayudante Valdes, y esos verdugos que toman al desgraciado Rubio, lo vejan y lo maltratan y lo hieren y lo fusilan allí mismo. He ahí los manejos del gobierno de Guatemala en la reeleccion de Cerna: la preparó con pérfidas asechanzas, la sostuvo con las bayonetas y la coronó con prisiones y asesinatos. Trájica escena del sangriento drama que hace dias se está representando; pero aun no ha concluido y ¡ay de los asesinos!, en el pronto y forzoso desenlace que ellos mismos preparan.

"Los Guatemaltecos, durante las elecciones, han manifestado con energía, pero sin excesos su ardiente deseo de sacudir el yugo y el profundo odio que tienen á sus tiranos. Pasó ya el letargo que les hacia aparecer como insensibles á la privacion de los mas sacrosantos derechos y sordos á los rudos pasos conque ha ido levantando la tiranía. Nosotros, que antes hemos censurado la insolencia de

nuestros paisanos, no les hacemos hoy mas que justicia admirándolos bajo el nuevo aspecto que ofrecen al reclamar su derecho, como republicanos que lo conocen y saben lo que vale: llenos de orgulloso placer estamos viendo resucitar al pueblo guatemalteco de su aparente muerte: que persevere con empeño en su obra y muy luego la verá concluida: la reeleccion de Cerna poco ó nada significa, no es mas que lójica consecuencia de los nuevos anteriores, y estaba fuera del órden comun de las cosas, que ese inicuo é injusto gobierno saliera por la puerta de la ley; se ha mantenido con la fuerza, ha cometido grandes crímenes y por lo mismo, su natural salida es la puerta de la espiacion.

"Fatal síntoma es para toda República la reeleccion de su presidente: ella le anuncia que los hombres que rijen su destino, dominados por malas pasiones, buscan la manera de establecer ó de continuar el despotismo: á la reeleccion sigue la presidencia vitalicia y detras de esta asoma la cara la monarquía absoluta. Para que no llegue á concluirse esa cadena que esclavizaría á los habitantes de la República, indispensable es que la corten con el único cincel posible, la revolucion; advirtiendo que la revolucion, fácil y poco trascendental cuando los gobiernos comiensan á avanzar en el camino del despotismo, es mas costosa, mas sangrienta y mas difícil cada dia que transcurre desde los primeros abusos.

Como se vé, el periódico de donde se han tomado los párrafos que preceden estaba escrito en un lenguáje enérjico y verdaderamente revolucionario, impropio para tiempos normales, pero indispensable y muy adecuado para las circunstancias de Guatemala en aquella época.

En política cuando la accion es violenta, la reaccion no se hace esperar demasiado. En presencia de los ultrajes del despotismo, todos suspiran por el beneficio de las instituciones libres. Imposible era que el pueblo guatemalteco abandonara su causa, que hombres altivos consintieran en mantenerse sujetos á un gobierno que se jactaba de desdeñar la opinion pública y de contrariar abiertamente las tendencias del sigló, pues entonces nadie habria tenido derecho de quejarse, mereciendo su tristísima suerte.

No hay nacion que no haya prodigado la vida de sus hijos y derramado su sangre por conquistar la libertad, ese sueño dorado mecido por las auras americanas. En Guatemala la revolucion moral estaba hecha y los que en peores circunstancias enarbolaron la bandera de la libertad, no podian ahora desperdiciar las que les eran tan favorables para sus proyectos. Los emigrados que se hallaban por el lado de la frontera mexicana, á los cuales se habia reunido el general Cruz, se lanzaron de nuevo á la lucha. Veamos cuales fueron las peripecias y resultados de esa campaña.

XIII.

Careciendo de los elementos necesarios para formar y equipar un ejército, el general Cruz que solo podia disponer al principio de fuerzas muy cortas en número, propúsose emprender una guerra de partidarios ó guerrillas.

La configuracion geográfica de Guatemala, á ello, en efecto, se prestaba admirablemente. Aquella tierra entretejida y enlazada con brazos y ramales de montañas, que como de principal tronco se desgarran de la Sierra-Madre, ofrece mil abrigos y puntos estratégicos; pues interrumpida á veces la agreste cordillera por espaciosas llanuras, inmensos valles y deliciosas vegas, acanalando el terreno en unas partes los rios y en otras quebrándolo, ó abarrancándolo los torrentes, se presentan á cada paso angosturas y desfiladeros donde con reducido número de soldados fácil es batir á fuerzas considerables. No menos puede fomentar tal género, la ín-

dole de los naturales, su valor, la agilidad y soltura de los cuerpos, su sencillo arreo, su sobriedad y templanza en el vivir, que los hace por lo general tan sufridos para el hambre, la sed y los trabajos.

Principióse la campaña en Marzo del mismo año 69. Segun las publicaciones oficiales el general Cruz apenas tenia á sus órdenes veinte ó veinticinco hombres, y aunque esto era una exajeracion de la pequeñez de su ejército, parece cierto que no excedia de cincuenta el número de soldados con que sorprendió el destacamento de Newton y se internó hasta las poblaciones de Aguacatlan, Chalchitan y el Quiché, que inmediatamente se pronunciaron á su favor.

Bastante aumentada en hombres, pero muy poco en armas, estaba la fuerza con que al mes siguiente se aproximó á la villa de Huehuetenango, cabecera de ese departamento. Afortunadamente no tuvo que combatir para ocupar la plaza, porque amedrentado el comandante al saber que llegaba, la abandonó llevándose las armas y guarnicion que allí habia. Poco despues hizo el general Cruz caer en una emboscada á la pequeña fuerza que mandaba el capitan Avelar. Con las armas que este le proporcionó y con gran número de indígenas que se le habian unido, quiso hacer frente en las alturas de Chibul á las fuerzas del coronel Batle; pero pronto se convenció de que sus desarmadas masas eran inútiles para luchar contra un ejército numeroso y

bien equipado: la mayor parte de su colecticia gente fué dispersa, y él tuvo que volver sobre sus pasos con los pocos verdaderos soldados que tenia.

A pesar de ese revés habia conseguido en parte su objeto: varios pueblos estaban ya ligados y comprometidos con la revolucion, y en toda la República se trabajaba mas ó menos activamente por secundarla.

El gobierno declaró suspensas las garantías, llenó las prisiones de reos políticos, mandó incendiar los pueblos que se habian pronunciado y contribuyó de este modo á aumentar el descontento y á favorecer el desarrollo de la revolucion.

El general Cruz, en cuya táctica entraba no presentar cuerpo á las fuerzas del gobierno, sino esquivar su encuentro y fatigarlas con movimientos rápidos, conservando viva la chispa mientras adquiria mayores elementos con que emprender operaciones mas decisivas é importantes, se limitó á inquietar á sus adversarios y á mantenerse siempre fuera de su alcance protegido por los pueblos y por la escabrosidad de las montañas.

Los que conocen las fatigas y penalidades de esta clase de guerra comprenderán fácilmente cuál era el temple del general Cruz y de los gefes que por mas de un año la sostuvieron, sobrellevando con paciencia toda clase de trabajos, de privaciones y de peligros.

Con los restos que le quedaron en Chibul aban-

donó el general Cruz los departamentos de los alto y se dirigió al de Verapas, todas las poblaciones á donde llega lo acojen con entusiasmo y se pronuncian contra el gobierno, proporcionando toda clase de auxilios á las tropas revolucionarias.

En el mes de Junio del mismo año se recibió en Guatemala la primer remesa del empréstito de dos millones que habia contratado en Lóndres D. Enrique Palacios. Esta circunstancia fué muy adversa para la revolucion, porque salvó al gobierno de una de sus mayores dificultades, la escasez de fondos. Ya con ellos pudo aumentar el ejército y prolongar por algun tiempo su ominoso mando.

Queriendo el general Cruz dividir la atencion de sus adversarios, habia destacado á varios gefes y oficiales para que fuesen á diferentes pueblos á exitar á sus partidarios y á provocar movimientos parciales.

Debido á esto se pronunció Cuajiniquilapa en el mes de Julio, y el pueblo de Cubulco en Agosto.

La peligrosa comision de introducirse y trabajar en la capital, la habia dado á un individuo de su familia, D. Vicente Mendez Cruz, notable por su valor y por los conocimientos militares que adquiriera sirviendo en el ejército liberal mexicano. Logró penetrar en la ciudad y entenderse con los principales opositores, y aunque estos se manifestaban todavía bastante remisos para auxiliar eficazmente la revolucion, concertaron al fin un plan dirigido á

sorprender simultáneamente las guarniciones de la Antigua Amatitlan y Puerto de San José. El encargado de hacer el movimiento sobre la Antigua era el general Villalobos, sobre Amatitlan el general Solares y sobre el puerto el mismo Mendez Cruz.

Ya sea porque no pudieran reunir la gente necesaria, ó ya porque la mezquindad de los que proporcionaban los recursos no les permitiese organizar su espedicion, lo cierto es que de las tres que se habian proyectado, solo se llevó á debido efecto la del Puerto de San José. Mendez Cruz á la cabeza de diez hombres sorprende la guarnicion, la desarma, y arregla una fuerza como de cuarenta individuos. Se dirige con ellos á Escuintla, aprovechando la oscuridad de la noche, se echa sobre el cuartel, encuentra resistencia y se emprende una lucha reñida. Recibe un balazo el gefe de los asaltantes, y éstos al verlo herido se acobardan y lo abandonan, huyendo en todas direcciones.

Pudo Mendez Cruz, sin embargo, detener el brazo roto, librarse de que lo prendieran, ocultándose en una finca inmediata, pero el oficial Corado que habia sido su segundo en la espedicion, y dos mas que con este se dirigieron á la capital, fueron allá capturados y despues que se les atormento para que declarasen todo lo que sabian, se les fusiló sin forma de juicio en el castillo donde estaban presos, concurriendo á presenciar y dirijir en persona esos

actos el presidente Cerna y el mayor general Bolaños.

En las declaraciones de Corado y sus compañeros resultaron comprometidos los generales Solares y Villalobos, el gobierno los desterró para la República del Salvador, y ademas puso en prision al general Alvarez y á otras varias personas.

En Octubre quisieron pronunciarse las ciudades de Quesaltenango y Salamá, pero el gobierno tuvo oportuna noticia de las conspiraciones y las previno capturando á varios vecinos notables de dichas ciudades. Exasperado con el incremento que cada dia tomaba la revolucion, mandó poner en la cárcel pública al anciano padre de D. Rufino Barrios y al hijo menor, todavía muy jóven, al general Cruz, especie de venganza que hizo aun mas odioso al gobierno.

El dia dos de Noviembre el pueblo y guarnicion de Sololá se pronuncian á favor de Cruz, quien consiguió con este pronunciamiento considerable número de armas, parque, gente y recursos.

Por ese mismo tiempo D. Ramon Cruz ocupó á Toyapa, Mendez Cruz hace lo mismo con San Martin, poblacion inmediata á la Antigua Guatemala, y el general Cruz derrota las fuerzas comandadas por Portamin, toma la plaza de Colon y ocupa la de San Pedro Carchá, una de las poblaciones indígenas mas grandes y mas ricas que tiene la República.

Todos esos sucesos favorales habian cambiado la

situacion de los revolucionarios. En menos de un año aquel insignificante grupo que con pocas y malas armas sorprendió el destacamento de Newton, habiase convertido en numeroso y respetable ejército que contaba ramificaciones y adictos en todo el país. Ya no eran ellos los que esquivaban á las tropas del gobierno, sino estas las que, evitando su encuentro, encerraban en las plazas para suplir con trincheras la desventaja que tenian. Desde entonces el ejército de la revolucion abandona el plan de defensa en que se habia encerrado y toma la ofen siva.

XIV.

Con el objeto no de dejar fuerza alguna enemiga á su espalda, resolvió el general Cruz atacar la que á las órdenes del capitan Calonge habia en Huehuetenango, Creyó tal vez que no encontraria formal resistencia y seguro del triunfo, intimó á que se rindieran, abandonaron la plaza, salieron á combatir en los afueras de la poblacion para evitar á esta los perjuicios del combate; pero Calonge que estaba resuelto á resistir hasta el último trance y que no queria renunciar la ventaja de las trincheras de que tanta necesidad tenia por ser sus fuerzas muy inferiores en número, negóse á la intimacion y se aprontó al combate. Emprendióse este con ardor y se sostuvo con brio: terrible era el estruendo de las armas estrepitosa la altanera voceria de los com-

batientes, aumentándose la confusion con el incendio de muchas casas. Las fuerzas de Cruz ocuparon las calles y las de Calonge se concentraron á la plaza donde tenian sus últimos atrincheramientos. Lánzance aquellos varias veces contra las trincheras, pero siempre son vanos sus esfuerzos, estrellándose su ardimiento ante la inflexibilidad de sus defensores. Mantiénese sin embargo la accion reñida y sangrienta por algunas horas, hasta que heridos los gefes rovolucionarios D. Ramon Cruz y D. Rufino Barrios, dispuso el ejército asaltante suspender el ataque y retirarse á Patio de Bolas, lugar inmediato como una legua.

Hablando de este combate, los del gobierno hacian cargo al ejército de Cruz de haber incendiado sin objeto las casas de Huehuetenango, y se atribuyeron una completa victoria; mientras que los partidarios de la revolucion decian, que las fuerzas del gobierno eran las que habian dado principio al incendio por detener á su enemigo, y que Cruz habia obtenido un verdadero triunfo, hecho prisioneros y tomado cañones y algunas armas, retirándose como el vencedor que perdona y no como el derrotado que huye.

Cualquiera que haya sido el autor del incendio, la principal responsabilidad de las desgracias causadas á Huehuetenango recae sin duda sobre el gobierno; porque sus fuerzas dieron lugar á ellos, provocando un combate en la misma poblacion, cuyos es-

tragos eran fáciles de prever. Si Huehuetenango, hubiera sido una verdadera fortaleza, ó hubiera encerrado en sus almacenes gran cantidad de elementos de guerra, el gefe que allí mandaba habria hecho muy bien en defenderla hasta el último extremo, arrostrando todas las consecuencias que de ella pudieran reunir; pero no teniendo que salvar mas que su fuerza, debió hacerlo y abandonar la poblacion, para evitarle los perjuicios consiguientes á un ataque.

Por lo que hace al triunfo, aunque ciertamente Cruz tomó prisioneros y algunas armas, y se retiró en órden sin ser perseguido ni molestado; es indudable que no logró su objeto y que las fuerzas del gobierno quedaron dueñas del punto. La muerte de D. Ramon Cruz, hijo del general, y los horrorosos estragos de que estaba siendo víctima la poblacion, fué probablemente lo que hizo al ejército revolucionario prescindir del ataque y renunciar á un triunfo que era casi seguro por el reducido número de los enemigos, pero que no compensaba las pérdidas que aun podia costar, ni la completa ruina de Huehuetenango, que se habria consumado prolongado por mas tiempo la accion.

Profunda impresion debe haber causado al general Cruz la muerte de su hijo; pero ese hombre que estaba resuelto á sacrificarlo todo en aras de la patria, enjugó pronto las justas lágrimas de padre y persistió en llevar adelante la grandiosa empresa.

que tan profundos pesares y tan enormes sacrificios le costaba.

"El mal resultado que tuviera el ataque contra Huehuetenango, se compensaba en parte con los progresos que en el resto de la República hacian la revolucion. En Guatemala se trabaja por conseguir que los cuarteles se pronunciasen, y habiendo mucho adelantado llamaron sus amigos al general Cruz para que se hiciera el pronunciamiento cuando se hallase inmediato á la capital.

"En las filas del gobierno cundia la desmoralizacion, las deserciones eran numerosas y repetidas y la mayor parte de la tropa detestaba al gobierno y simpatizaba con sus adversarios. Habia sido necesario desterrar á algunos gefes y procesar á otros, de manera que desconfiaban casi de todos y no les quedaba ya á quien mandar contra Cruz con probabilidades de que le fuera fiel y obtuviese buen éxito.

En semejante apuro acudieron al general D. Antonio Solares que sin embargo de estar muy anciano tenia gran influencia sobre el Batallon Santa Rosa, en cuya poblacion habia nacido y vivido siempre.

Siguiendo las indicaciones de sus amigos aproximóse el general Curz á la capital, estuvo dos dias en el lugar llamado San José y por la escasez que allí habia de víveres resolvió trasladarse al de Palencia, que dista cinco ó seis leguas de Guatemala. Llegó

al último punto á las siete de la mañana del dia 10 de Enero de 870: esa poblacion era en su totalidad partidaria de Cruz y este confiado en ello y en el informe que le dieron de que no habia fuerzas enemigas inmediatas, permitió á sus tropas que se regasen en la poblacion á buscar víveres, sin mandar siquiera que se colocaran las mas indispensables avanzadas. Exceso de confianza, ó mejor dicho, grave falta que le debia costar muy cara.

El general Solares habia salido con el Batallon Santa Rosa para atacar á Cruz en San José, pero supo el movimiento de este en el camino y lo siguió hasta pernoctar ambos ejércitos, sin saberlo el de los revolucionarios, distantes poco mas de media legua el uno del otro. De Guatemala los amigos de Cruz, le mandaron aviso de que habia salido la fuerza de Solares, pero fueron los correos á San José y él estaba ya en las inmediaciones de Palencia.

Descuidadas andaban las tropas de Cruz en la poblacion cuando llegaron á ella las de Solares, fué una verdadera sorpresa, apenas pudieron los gefes reunir un pequeño número de hombres que oponer al enemigo, pelean cen el valor de la desesperacion, pero nada pueden en una lucha tan desigual. Sin embargo, el general Cruz conserva la calma y trata de salvar su ejército, da órden de que se emprenda la retirada y se queda él protegiéndola con unos pocos. Logra entretener al enemigo lo suficiente para que sus tropas abandonen la poblacion y to-

men el camino que les ha indicado. Cuando calculó que así se habia hecho trata de reunírseles, y para abreviar estravía por una senda que él conoce; buen ginete y bien montado, pretende salvar un barranco de poca profundidad, no lo consigue, cae su caballo, y al caer le rompe una pierna. Inútiles fueron los esfuerzos que sus heróicos ayudantes hicieron aun para salvarlo; el enemigo los persigue de cerca, llega y no queriendo rendirse el general Cruz, se defiende y pelea hasta el último momento de su vida.

Así terminó su carrera el valiente D. Serapio Cruz, que si no pudo ceñirse la corona del triunfo, alcanzó otra mas brillante, la del martirio; y ninguno podrá disputarle el honor de haber dado el impulso y puesto la primera piedra, ni la gloria de haber cultivado á costa de inmensos sacrificios el árbel de la revolucion que dejó ya con el suficiente desarrollo para que cualquiera con poco trabajo pudiera recojer los frutos que á el no le fué dado cosechar.

Grave mal fué que la revolucion se personalizase en el general Cruz, y si esto ne se hubiera compensado con los errores y barbaridades que el gobierno cometió despues del triunfo, quién sabe cuantos años hubieran trascurrido antes que Guatemala se viese libredel despotismo de Cerna.

Despues del suceso de Palencia, los gefes de Cruz

volvieron á la frontera de México, y casi todos los soldados tornaron á sus casas apesadumbrados por lo ocurrido y con la esperanza de que llegara pronto el dia de empuñar de nuevo las armas contra sus tiranos que les eran cada vez mas aborrecidos.

XV.

Regocijáronse los partidarios del gobierno al anuncio de esos sucesos, mientras el país entero y la capital especialmente se abismó en el mas profundo desconsuelo.

El partido paria, que á tan triste condicion se hallaba reducido el liberal, no solo se conseptuaba poco segunro, sino que aun sus miembros mas pacíficos veian de contínuo una espada de agudo filo suspensa sobre sus cabezas.

Y razon tenian para ello, pues desde el principio de la insurreccion se inauguró una pólitica terrible de persecuciones, que traia los ánimos en perpetuo sobresalto. Todos recuerdan en Guatemala el dia en que Corona y sus compañeros fueron conducidos al castillo de San José, interrogados secretamente por el mismo Cerna, y mandados por él ejecutar en el acto. La ciudad entera oyó estremeci-

da de horror la detonacion de las armas que arrancaban la vida á tres desgraciados; en tanto que los hombres del gobierno aparentaron tranquilidad, olvidándose que mas tarde debian ser juzgados por su conciencia, por la justicia humana y por Dios...

Al triunfo de Palencia siguió inmediatamente la ejecucion de los oficiales de Cruz que habian caido prisioneros.

En todo el mundo culto prohiben las leyes que se mate á un hombre, como pueden matarse á los tigres y chacales, pero allí se decretaba la muerte sin la garatía sagrada del juicio, negándose á los reos políticos el derecho mas santo é inviolable, concedido al asesino y al parricida; el derecho de la propia defensa.

La resistencia, si por tal palabra se entiende la conservacion legítima, ley es de todo gobierno; pero cuando degenera y se excede de sus convenientes límites, principia por destruir cuanto al paso se le opone y concluye por devorarse á sí propia.

Nosotros preguntamos con un ilustre escritor: ¿Hasta cuándo la justicia se sobrepondrá en el mundo á las pasiones? ¿Cuándo se comprenderá que el verdugo decapita la causa que sirve, y exalta la causa que cree decapitar? ¿Cuándo se desarraigará el funesto principio de que el fin justifica los medios, y la salud pública abroga los sentimientos nobles del corazon?

Teoría verdaderamente monstruosa es aquella que

confunde el asesinato con el derecho de combatir. Se aniquilan algunos hombres, mas las ideas sobreviven siempre: absurdo es intentar destruirlas con cadalsos, pues renacen de sus cenizas como el Fénix de la fábula. Abominable se hace el revolucionario que cubriéndose de baldon marcha entre crímenes y ruinas; pero igual cosa le pasa á un gobierno al seguir esas mismas huellas, porque las malas acciones no cambian de nombre al cambiar de personas.

¡Triste destino de la humanidad, que toda idea nueva, toda nueva sociedad, ha de nacer entre dolores y sollozos, bautizada con arroyos de lágrimas y en torrentes de sangre!

Otro hecho incalificable, que pinta con negros colores aquella administracion, es el siguiente: muerto el general Cruz, se trajo su ensangrentada cabeza á la capital, y allí fué paseaba por las calles principales en medio de la algazara de una soldadezca desenfrenada y para perpetuar su propia ignominia mandaron los del gobierno que se fotografiase la cabeza, y fueron las copias a atestiguar al mundo civilizado la barbárie de aquellas gentes.

Lícito es á la astucia y al valor buscar arbitrios para conseguir la victoria, pero ya adquirida, nunca debe mancillarse con hechos propios de tribus salvajes. ¡Insultar cobarde é inhumananmente los despojos de un enemigo vencido, es atentado contra el que protesta la civilizacion, y acerca del cual tie-

ne la historia que fulminar sus mas severos anatemas, para que se levante siempre inmensa compasion á favor de la víctima, implacable resentimiento sobre los verdugos.

El proceder bastardo del gobierno, permitiendo tan inaudita crueldad, no solo es escandaloso por el tiempo y por el modo, sino tanto menos disculpable cuanto que era innecesario. Los partidos en el vértigo de su furor suelen cometer tales excesos, pero los hombres honrados nunca los perdonan, y los pueblos donde se verifican eternamente se avergüenzan de ellos.

Trató en vano de defenderse el círculo oficial de las inculpaciones que con este motivo se le hicieron. Los razonamientos que repugnan á la conciencia, no son mas que paradojas del entendimiento para dorar las aberraciones del corazon. Lo que despoja al hombre de parte de su sensibilidad le priva de parte de su grandeza. Solo los sentimientos generosos son infalibles como la naturaleza.

Ciego ú obstinado andaba el gobierno de Guatemala en aquellas circunstancias.

Una vez terminada la lucha armada, en lugar de crear una situacion á cuya sombra se reconciliaran los ánimos y fueran atendidos los intereses nacionales, dejóse llevar por una política violenta é intolerante lanzándose á vía de perdicion con sus rigores, hasta producir en el seno de la sociedad esos agra-

vios que no se borran, esas sospechas desleales que van dividiendo á los pueblos profundamente.

¿Por qué siendo la época tan propicia, no decretar una ámplia amnistía, y apoyarse en la clemencia, santa virtud que debia tener un altar aun en los pechos mas duros é insensibles?......

Es raro que el vencido soporte con resignacion su infortunio, merecido ó inmerecido; pero es mas raro todavía que el vencedor domine sus pasiones, abriendo los manantiales del bien y no enorgulleciéndose con sus laureles. Llenos entónces los hombres de necia vanidad, ningun arranque noble los guia, ninguna accion generosa los impulsa, pensando solo en ejecutar actos de venganza, sin penetrarse de que si es loable y valiente una actitud enérgica en presencia del poderoso, llega á ser censurable cuando se la tiene con el desgraciado.

Anhelando Cerna y su gabinete la completa sujesion ó el exterminio del partido que les era adverso, cada vez se exacerbaba el sistema de rigor empleado contra él. A este fin, segun queda dicho, se suspendieron todas las garantías, aun las de derecho natural; cerráronse las sesiones de la Asamblea legislativa por un golpe de Estado, y recordando los peores hechos de los Marios y los Sylas, como si los siglos hubieran retrocedido, se firmaban cada dia nuevas listas de proscripcion, incluyendo en ellas á culpables é inocentes, á todas las clases y á todas las edades.

Nadie se salvaba. Era bastante una simple sospecha, juzgándose innesarias las pruebas. Fueron de esta suerte lanzados de su patria por órden gubernativa los diputados Miguel García Granados, José María Samayva y Manuel Larrave y otros muchos distinguidos ciudadanos, habiéndoseles antes tenido en rigurosa prision y exigiéndoles que prestasen fianzas mas ó ménos cuantiosas segun las circunstancias de cada uno, de que nada harian en el destierro contra el gobierno que á el los mandaba. Esta exijeucia sí que fué verdaderamente maquiavélica; pues por medio de ella pretendian continuar ejerciendo el despotismo sobre los desterrados, cualquiera que fuera el país donde se encontrasen.

El afan de proscribir llegó casi á convertirse en hábito: hasta oscuros individuos del pueblo eran separados de sus familias y arrojados del país con escesiva crueldad.

Daba motivo á las autoridades el mas lijero murmullo, la menor señal de descontento, para desplegar vigorosos medios de represion. Nada las detenía. Por donde quiera se veia por ellas violada la santidad del hogar: manteníase á los individuos en forzoso aislamiento, porque de reunirse se les trataba como conspiradores: los labios debian estar mudos, las voluntades encadenadas, las conciencias sujetas. ¡Dios sabe únicamente cuántos ciudadanos gemian en las cárceles, padecian en el destierro, tra-

bajaban en los presidios y cruzaban los mares sin mas delito que el amor de su patria!

Es ley constante que las mismas causas produzcan siempre los mismos efectos. La tiranía no es mas que una consecuencia necesaria del estado moral de los pueblos que esclaviza. El de Guatemala, lejos de haberse nutrido con los sentimientos de la libertad, no conoció por largo tiempo sino el predominio la fuerza bruta, y sumiso con los que le trataban sin misericordia, no supo mas que inclinar la cerviz cuando le arrojaban al rostro con desprecio algunas cabezas destilando sangre todavía!...... Jamas el gobierno de Cerna hubiera cometido los escesos que han escandalizado al mundo, si en las tradiciones coloniales, en los estravíos de los partidos, en los ódios de raza é instintos feroces de la parte inculta, en el prolongado despotismo de Carrera, en los intereses opuestos de cada localidad, y en la relajacion de los vínculos sociales, no hubiese encontrado ya, ardiendo y en estado de arrojarlos sobre el yunque, los férreos eslabones de esa cadena con que sujetó los miembros despedazados de la nacion.

Puede considerarse, por tanto, á Guatemala hasta la época de esta narracion, como un jóven lleno de vida que yacia en profundo sueño, aletargado con los vapores de la orgía y que abre perezosamente los ojos, avergonzándose de su miserable situacion y de sus pasados extravíos.

Y en efecto, apesar del sistema de terror adoptado, manteníase viva, fogosa y enérgica la guerra

de la opinion contra Cerna y los suyos. Atizadas las pasiones por su inicua tiranía, arraigábase el odio en las almas, trasformando en irreconciliables enemigos aun á los hombres mas pacíficos, y precipitando de ese modo contra ellos la hora del castigo y de la espiacion. Cuando, tanto en las monarquias como en las Repúblicas, así en los imperios como en las aristocracias, se subleva justamente la conciencia pública, la rebelion sacude airada su arrogante cabeza, y ¡ay! entonces del poder cuyos cimientos se eucuentran amasados con lágrima y sangre.

Aunque el Gobierno fiugia desdeñar á sus contrarios, su desasosiego y vigilancia venian revelando que temia ver levantarse el espectro de la revolucion, siendo esta la idea fija de su mente, la sombra de su cuerpo, la pesadilla de sus noches, Y sobrábando en realidad motivos para vivir en tal inquietud, pues como resultado lógico de su política, los pocos hombres ilustrados conque antes contaba, se iban apartando de su lado, mientras en la masa del pueblo cada dia notábase mas sorda indignacion, mayor encono y manifiesto descontento.

Todo en el país presentaba, por otra parte, aspecto pavoroso. Las letras, las ciencias y las artes yacian como envilecidas bajo aquella atmósfora de plomo. La Agricultura y el Comercio paralizaban su actividad por temor y desconfianza. Recelosos é inquie-

tos los ánimos nada veian firme ni estable: el menor ruido parecia señal de alarma que ponia á los pueblos en conmocion. Sombrío estaba el horizonte, y á punto de desarrollarse los acontecimientos, cual nubes que atropelladamente ruedan en el espacio anuncian la proximidad del huracan.

XVI.

Desconociendo el gobierno de Cerna la lógica de los sucesos, el encadenamiento de los hechos, é intrnsigente con las nobles aspiraciones de la humanidad, trataba sin duda de hacer revivir un pasado ya muerto, con sus inventerados abusos, sus gérmenes de disolucion, su programa de odio hácia toda reforma, á fin de corromper y desheredar al pueblo, imposibilitando el plantío de la democracia.

Al pretender esos hombres disponer á su arbitrio de la suerte del país y figurarse que con las máximas del despotismo podian romper los nudos que no aeertaban á desatar, tal parecian cadáveres que, alzándose de su tumba, fueran errando cual sombras amenazadoras ante la nueva sociedad, absorta al ver los sepulcros abrirse, levantarse á los muertos y arrastrar sus sudarios en medio de ella.

Empresa superior á las fuerzas humanas, es cam-

biar el espíritu, las costumbres é ideas de nuestro siglo, ahogar el sentimiento que los pueblos tienen de sus derechos, arrebatándoles los bienes que en el mundo han conquistado con tantos años de dolorosos sacrificios.

Albérgase en el corazon del hombre, dice un eminente publicista, un instinto de noble independencia que no le consiente sujetarse al dominio de otro, á no ser que se le manifiesten títulos legítimos en que fundarse puedan las pretensiones de mando. Si estos títulos andan acompañados de justicia, el corazon se ablanda y el hombre cede, pero si por el contrario solo se apoyan en caprichosas voluntades bullen en la mente los pensamientos elevados, arde en el alma el amor de la libertad, la frente se pone altanera y las pasiones braman. En tratándose de influencia estable, es menester que en el que manda se vea el representante de un poder superior, el intérprete de la razon, el primer súbdito de la ley, pues solo así se hace la obediencia suave y llevadera. (1)

Por eso el absolutismo no es ya posible en nuestra época. Las naciones no pueden nacer, vivir y morir en una dilatada noche de tinieblas. Oponerse, pues, á las aspiraciones de la humanidad, es como encadenar la marea que sube; y entonces los pueblos, en pié y armados, no modifican sino des-

1) Dr. D. Jaime Balmes.

truyen, puesto que la impulsion que reciben les produce vértigos, y al operar la obra de su regeneracion van quizá mas allá de su objeto á través de ruinas deplorables......

Ahora bien, como en Guatemala los agravios que el pueblo recibiera eran muchos, las quejas innumerables, el descontento sin término, el malestar sin fin, la fé en el porvenir arraigada ya en las almas, nadie duda que la revolucion triunfaria de sus enemigos. En vano era querer cerrar los ojos á la luz, en vano prohibir la entrada del gran taller social á los nuevos obreros. En la lucha de la fuerza contra las ideas, fácil es adivinar por quién queda la victoria; habria faltado en Guatemala por primera vez a humanidad á sus destinos sucumbiendo las ideas.

No hay hombre de generosos sentimientos que no aborrezca la guerra civil, furia terrible que con la cabellera suelta, los ojos encendidos en ira, empuñando una espada tinta en sangre, y blandiendo la tea incendiaria, deja en pos de sí regado el suelo de cadáveres y cubierto de escombros. Pero si la guerra civil es calamidad inmensa para las naciones, puede tambien asegurarse que son mil veces peores esos gobiernos que solo tratan de envilecerlas, que envenenan las fuentes de la prosperidad pública, que conducen á la sociedad entre infinitas torturas á esa especie de marasmo y desfallecimiento tras de los cuales está la muerte política y social.

¿Quien es capaz de hacer pasar por bueno lo que es malo, por justo lo que es injusto, por verdadero lo que pugna con el entendimiento?

La insurreccion contra la tiranía no solo es permitida, sino que viene á ser imperiosa ley para todo hombre honrado, deber de conciencia aplicar el remedio de los males agudísimos que acumula sobre la patria, procurando crear una situacion que satisfaga sus necesidades.

Los gobiernos despóticos la anatematizan, pero la historia la consagra. Si estos la condenan, los pueblos la ensalzan, glorificando como héroes á los que han hecho morir en un patíbulo. Sócrates por cumplir esa ley bebió la cicuta, y millares de mártires la han honrado con su fé ante los calabozos y los suplicios.

¿A quién puede negársele el deber de conservar los bienes que les pertenecen? ¿A qué hombre no le corresponde la facultad de oponer á la violencia la fuerza contra la fuerza, cuando vé atacada su existencia, su honra, su dignidad, todo lo que mas estima sobre la tierra? Y si tal derecho puede ejercerlo sin escrúpulo respecto de un asesino ó un ladron, innegable es que puede igualmente ejercerlo el pueblo respecto de los asesinos de la conciencia pública, de los usurpadores políticos, ya que los ciudadanos tienen la estrecha obligacion de sostener sus derechos como consagrados por la justicia universal.

Si la persecucion se dirije á una casta ó á limitado número de individuos, todavía cabe en ellos el destierro voluntario, recursodolorso mas no sin esperanzas, cual sucedió con aquellos puritanos ingleses en tiempo de los Estuardos, que vinieron á fundar la prosperidad moral y material de los Estados Unidos de América; pero cuando pesa sobre el país entero, necesario se hace optar entre la desercion del deber, ó levantarse con las armas en la mano revindicando los vilipendiados fueros de la sociedad.

No es entonces un duelo entre una clase ó algunas personas y los poderes protectores del cuerpo social, sino una guerra legítima entre una nacion y los representantes infieles de sus intereses.

Los mas doctos publicistas, los escritores mas ilustrados, sostienen esforzadamente el derecho de insurreccion: pues tanto Puffendorff Grocio y Worff, entre los antiguos, como Rayneval, Walker y el conde Garden entre los modernos, no obstante pertenecer á la escuela monarquico—conservadora, aconsejan á los pueblos con varonil elocuencia quebranten siempre la cadenas del despotismo.

Tiene ademas una revolucion contra él, la inmensa ventaja de despertar en las masas grandes arranques, ideas de justicia, sentimientos levantados: á la vez que destruye los vicios administrativos, todo lo cambia ó lo renueva favorablemente, y con el sacudimiento físico tiene la reaccion moral, asentán-

doze despues sobre bases equitativas una paz sólida que asegura el progreso de los pueblos.

Ahí está el ejemplo de las grandes revoluciones de Inglaterra, Francia, Italia y los Estados Unidos, que han sido el mas pujante elemento de su poder y el orígen de su bienestar.

Sin embargo, ninguna nacion como Guatemala necesitaba con mayor apremio de un sacudimiento semejante. Compelida á confiar á les armas el cuidado de proteger sus intereses, harto justas eran las causas que le imponian la necesidad de tal determinacion. Si un Estado pudiera inmolar su honor que es para él monumento de gloria y garantía de prosperidad, se haria traicion á sí mismo, y faltaria á sus deberes faltando á sus derechos.

Pero derechos y deberes llegan todavía á ser mas positivos cuando suceden á testimonios palpables de las intenciones mas pacificas. Los costosos sacrificios que Guatemala hubo constantemente de imponerse con el fin de mantener la tranquilidad en su seno, son demasiado notorios y evidentes. Deseosa de destronar al génio de las revoluciones, sufrió resignada el largo despotismo militar de Carrera; pero tan alta moderacion no siendo comprendida por su sucesor el general Cerna, que quiso llevar á mayor extremo la sujecion, tenia que apurar la paciencia del país hasta sus últimos límites.

Los esfuerzos de hombres ilustrados por conjurar la tempestad que rujiendo estaba sobre aquel go-

bierno, se frustraron ante su ruda obstinacion. Poseido de ceguedad funesta, adoptó un plan destructor contra el oprimido pueblo, redoblándose aun mas su saña, desde que éste comenzó á combatir por su libertad á las órdenes del general Cruz. Tantos procederes hostiles nó dejaban á los guatemaltecos otro recurso que el de los armas para vengar los repetidos ultrajes que se le habian hecho, levantarse á la altura de su decoro y satisfacer el deseo que los animaba de concurrir diligentes á poner las bases de una obra de reparacion que auguraba su porvenir.

Era incontestable que el gobierno de Cerna estaba perdido enteramente, llegando al colmo su descrédito, por lo cual nadie dudaba que imposible le sería sostenerse. Ni aun siquiera contaba en su apoyo con el prestigio de la legalidad, porque nadie sabe de donde le venia su mandato. Dos sistemas se conocen que se hayan disputado en el mundo la legitimidad: el principio hereditario de derecho divino, ó el principio de la soberanía nacional. Como tal gobierno nó reconocia en su orígen ni el uno ni el otro, hubo de apoyarse tan solo en la intriga y la fuerza, y sus títulos eran la usurpacion del mismo modo que sus medios habian sido los de la tiranía.

Hé aquí porqué en las regiones de aquel poder, pesar de su aparente confianza, dominaba ese silencioso abatimiento, esa pesadez semejante á la

presion de la atmósfera antes de la tormenta. Tampoco podia allí ocultarse que la semilla de la libertad, una vez arrojada en el corazon del pueblo germina, se desarrolla y echa hondas raices, aguardando únicamente el tiempo oportuno paar fructificar.

XVII.

Nada podia detener ya el torrente revolucionario en Guatemala. Hombres de ánimo resuelto, víctimas de desastrosas persecuciones, tenian la iniciativa, y la sociedad entera deseaba con vehemencia sacudir el yugo, buscando en otro órden de cosas las seguridades y ventajas que todo ciudadano tiene derecho de encontrar en el comercio social.

Los gefes revolucionarios que habian salvado halábanse en la frontera mexicana y aunque sin recursos para emprender una nueva espedicion, no cesaban de trabajar por conseguirlos y por mantener siempre viva la esperanza de los pueblos. Distinguiéronse en esa época D. Vicente Mendes Cruz y D. Rufino Barrios, cuyos patrioticos esfuerzos secundaban muchos emigrados desde el lugar donde cada cual recidia.

Uno de estos, D. Miguel G. Granados, á quien el gobiernodesterró despues del desgraciado suceso

de Palencia, en vez de permanecer en la indolente apatía en que se abisman los hombres débiles cuando los hiere el infortunio, fuera ya de su patria, se resolvió á tomar una parte mas directa en la revolucion.

Trasladóse á la capital de México y poniendose en contacto con las notabilidades de la democracia, conferenciando varias veces con Juarez, Lerdo de Tejada y otros ilustres personajes, se templó mas vivamente su alma, ante el espectáculo de esta noble nacion, que despues de haber restablecido la reforma hubo de vencer á la formidable Intervencion francesa, restaurando la República sobre las ruinas del segundo imperio hasta venir así á ocupar entre los pueblos del mundo un lugar que antes no tenia.

En seguida se dirigió el Sr. G. Granados al Estado de Chiapas y se situó en la ciudad fronteriza de Comitan, con el fin de desarrollar desde allí sus planes contra los poderes opresores de su patria. Mientras él hacia sus preparativos, ocurrieron en las otras repúblicas de Centro América sucesos que le allanaban perfectamente el camino y que alejaban cualquiera duda que aun pudiera tenerse sobre el resultado de la empresa.

Una revolucion tan audaz como feliz elevó á la primera magistratura de Costa Rica á D. Tomas Guardia, gefe militar que por su valor é enteligen ica se habia distinguido en la campaña de Nicaragua contra los filibusteros, contribuyendo no poco

á la gloria de que se cubrieron entonces sus paisanos, porque es indudable que al denodado valor de los costa-ricenses se debió principalmente el triunfo de las fuerzas Centro americanas.

Con el general Guardia fueron al poder, en concepto de ministros suyos, los Doctores D. Miguel Alvarado y D. Lorenzo Montúfar, hábil político y natural de Costa Rica el primero, eminente orador, hombre muy ilustrado y guatemalteco desterrado de su patria hacia muchos años por el partido que aun imperaba en ella, el segundo.

Interesado direcmente el Dr. Montúfar en la caida del gobierno de Cerna é indirectamente el Dr. Alvarado por haber vivido algunos años en Guatemala y por tener relaciones de muy buena amistad con los guatemaltecos residentes en Costa Rica, natural era que los dos trabajaran para hacer que el general Guardia protegiese á los opositores de aquel gobiérno. Pero no tuvieron que esforzarse mucho, porque el mismo general Guardia, impresionado con las barbaridades que cometieran los déspotas de Guatemala y convencido de que repúblicas tan íntimamente ligados como las de Centro América no debe ninguna de ellas permanecer indiferente ante la desgracia de cualquiera de las otras, su mayor deseo era contribuir á que se restableciese la paz en Guatemala y á que concluyera la guerra civil continuamente provocada por el despotismo.

Podian pues, los guatemaltecos contar con el

apoyo moral del gobierno de Costa Rica y la prensa se los dice efectivamente muy eficaz; pero no se limitó á eso el general Guardia, fué aun mas generoso. A él se debió principalmente la caida del gobierno de Dueñas, porque sin sus trabajos y los recursos que proporcionó, ni Honduras habria auxiliado á los revolucionarios salvadoreños, ni estos habrian podido salir de la forzada inaccion en que se hallaban.

El presidente Dueñas bajo cuya administracion es innegable que hizo grandes progresos materiales el Salvador, fué víctima de inconsecuencia á los gobernantes de Guatemala, no quiso separar su causa de la de ellos, aunque los veia casi perdidos, y tuvo que sucumbir. Si obra de distinto modo, la revolucion que le derrocó del poder no se habria verificado, al menos por entonces, puesto que uno de los principales objetos que en ella se buscaba era preparar la caida del gobierno de Cerna. Este, mas egoista y tambien mas torpe, no auxilió á Dueñas en los momentos en que lo necesitaba, sin comprender que á la caida del gobierno del Salvador se seguia inmediata é irremisiblemente la suya propia.

Terminaron su revolucion los salvadoreños con el glorioso triunfo de Santana, y Dueñas fué reemplazado en la precidencia por su vencedor el general D. Santiago Gonzalez.

El valor y el prestigio militar de este gefe es cosa que nadie niega ni pone en duda. Lo que mas

enemigos le echaban en cara es lo que ellos llaman la traicion al general Barrios; pero juzgando con imparcialidad los hechos hay que absolverle de tan grave cargo. Hé aquí cómo pasaron, según lo que presenció y los datos que en aquellos dias recogió sobre el teatro mismo del suceso quien estos apuntes escribe.

En guerra Guatemala con el Salvador hallábase el general Gonzalez con su Brigada en Santana á donde lo habia desterrado el presidente Barrios é inmediatas á esa ciudad estaban las fuerzas guatemaltecas mandadas por el presidente Carrera. Un dia de tantos recibe el general Gonzalez la carta en que su hermano D. Antonio le dice haber salido furtivamente de la capital por el oportuno aviso que tuvo de que el general Barrios habia dado órden de que lo capturaran y fusilaran en seguida. Con tal noticia y creyendo que de un momento á otro mandaria hacer lo mismo con él; se pronunció contra el gobierno á cuyas órdenes servia y mandó comisionados al general Carrera para negociar un arreglo que al fin no tuvo efecto. La exactitud de estas especies se justifican por sí misma, pues solo un loco habría podido pronunciarse si no lo compelia á ello el peligro de su vida teniendo al frente un ejército enemigo de mas de tres mil hombres con el cual no estaba de acuerdo y á su espalda las fuerzas del gobierno que poco mas ó menos constarian del mismo número de plazas, y no contando para el

pronunciamiento sino con un número de tropas muy inferior.

El general Gonzalez por cuyo último triunfo sobre Dueñas habian trabajado los emigrados guatemaltecos en Costa Rica y en el Salvador, donde tan útil le fué el inteligente D. José María Samayoa, no podia menos que prestar un decidido apoyo á la revolución de Guatemala. Hízolo así, y con su tolerancia y los elementos de guerra que proporcionó, pudo el mismo Sr. Samayoa costeando los gastos de su propio peculio hacer organizar la fuerza con que el general D. Gregorio Solares entró al territorio guatemalteco.

Veamos ahora lo que por el lado de la frontera mexicana hacian los demas emigrados.

XVIII.

Ya en Comitan D. Miguel G. Granados se ocupó, mientras le llegaban las armas que habia pedido á los Estados Unidos, de contestar por la prensa lo que contra él y sus proyectos escribian los periódicos de Guatemala, de enviar agentes á aquella República para exitar á los pueblos y de organizar su fuerza, tomando por base el grupo de emigrados que en esa frontera se hallaban. Al principio todos estuvieron de acuerdo; pero á los pocos dias hubo un sério disgusto entre G. Granados y Mendez Cruz que, por fortuna para la revolucion, solo produjo como inmediata consecuencia el que ambos continuasen trabajando por su lado, sin embargo que se dirijian contra un enemigo comun y se proponia el mismo objeto.

Tomó la iniciativa Mendez Cruz y en Marzo de 71 se lanzó con veinticinco hombres á continuar la guerra de partidarios ó guerrillas que durante algu-

nos meses sostuvo con habilidad y destreza y aunque por la falta de elementos nunca llegó á formar un gran ejército mantuvo en alarma á los del gobierno y puso en movimiento á varios pueblos ansiosos de combatir contra la tirania favoreciendo así la espedicion que con mayores recursos y mejores elementos emprendio en seguida G. Granados.

En Mayo del mismo año comenzo su campaña con un ejército compuesto de mas de doscientos hombres bien armados, llevando como segundo gefe á D. J. Rufino Barrios.

Antes de referir los hechos de armas que vinieron á coronar la obra de la revolucion, no estará por demas que de nuevo bosquejemos aquí los rasgos característicos de los dos partidos que con las armas en la mano iban á sostener sus respectivas tendencias y opiniones.

El de oposicion lo formaban los liberales y los moderados á quienes se unieron gran parte de los conservadores, porque se veia como primer objeto de la revolucion derrocar al despotismo que con sus repetidos actos de crueldad y barbarie se habia enagenado la voluntad de todos los hombres honrados. El del gobierno estaba reducido al pequeño círculo de las personas que medraban con los abusos, no contando para sostenerse mas que con el ejército que ellos creian tan fiel y sumiso como antes.

El partido de la oposicion, lleno de entusiasmo proclamaba y prometia á los pueblos: prosperidad

para las localidades, inviolable respeto á los derechos de la nacion y leyes fundamentales que garantizasen la independencia y justo equilibrio delos poderes públicos. En tanto que los del gobierno solo defendian y dejaban entrever á los pueblos la conservacion de los privilegios, la parálisis de la sociedad y las instituciones coloniales con los vicios y crimenes de la oligarquía.

Oponian éstos obstáculos y vigorosa resistencia á todo cambio radical, á toda modificacion por sencilla que fuese; aunque el país anduviera lánguidamente sin poder cumplir las miras providenciales Buscaban aquellos la vida, la actividad y el movimiento, pretendiendo marchar por caminos anchos y despejados.

Era el uno en una palabra, el edificio derruido del pasado que debia desplomarse, y el otro el templo del porvenir que se levantaba.

Entre ambos, Guatemala tenia hecha de antemano su eleccion. Los rudos ataques del despotismo y el noble ejemplo de los que se sacrificaron combatiendo contra él, habia despertado en todos los guatemaltecos amantes de su patria el deseo de combatir á libertarle de los tiranos que tan inícuamente la ultrajaban.

Lo noticia de haberse iniciado la campaña cundió en el país con la rapidez de un sacudimiento eléctrico, sonando en los oidos como anuncio de los funerales del despotismo. Tan extraordinaria fué

a fermentacion que en los ánimos produjo, que muchos ciudadanos acudieron presurosos á tomar parte en aquel movimiento verdaderamente nacional. Iba, pues, la revolucion á precipitarse cual impetuoso torrente que, desprendido de las altas montañas, corre arrostrando los obstáculos que á su giro se oponen.

Deplorable en extremo era la situacion del gobierno al inaugurarse la campaña.

Revelábase en esto, como en lo demas, su falta de toda prevision é inteligencia. Generalmente los poderes absolutos procuran en todas partes mantener un ejército listo y bien pertrechado para la eventualidad de una guerra civil ó extranjera; ya que siempre es su mas firme apoyo y sosten. Así es que una de las aberraciones menos comprensibles en el gobierno, era precisamente la completa desorganizacion é indisciplina de lo que en Guatemala se llamaban milicias militares, conjunto de gente que carecia de todo órden y regularidad.

Constaban tales milicias de unos cuantes centenares de hombres reclutados por leva, á quienes cada dos meses se retiraba del servicio, sustituyéndolos con otros, de manera que no permanecian en el cuartel ni el tiempo necesario para aprender el manejo de la arma. A exepcion de ciertos gefes superiores que por sí selos se babian formado en el estudio, era la oficialidad profundamente ignorante, pues no habiendo en el país colegio alguno militar,

faltábale la oportunidad para inistruirse aun en las mas triviales nociones de la táctica y la estrategia. Consistia por tanto, todo el arte que poseian en seguir las practicas de una ciega rutina; pero de la gran ciencia de la guerra, la mayor parte de ellos ignoraba hasta el nombre de las mas elementales operaciones,

Esta gente, sin embargo, presentábase serena en los combates y se batia con denuedo, pero el valor era en ella individual como las opiniones. Carecia del espíritu de cuerpo y en cambio se procuraba infundirle el espíritu de partido, que aunque excelente á veces, en lugar de ser la fuerza, es por lo comun, el disolvente de los ejércitos. Conviene tan sólo sujetar al soldado á las leyes del honor y de la ordenanza, pues en él la fidelidad es deber sagrado y la abnegocion requisito indispensable.

Con tropas desorganizadas y oficiales inexpertos casi es infalible la derrota. ¿De que les sirve, en efecto, el entusiasmo y el arrojo, si peleando en desórden presentan á un hábil adversario mil arbitrios para destruirlos, ya que en ellos se llega con igual ímpetu al acometimiento que á la fuga? Las mas decisivas victorias son resultado del saber y de las virtudes militares; y cuando á tan importante objeto no se presta la debida atencion, tienen que palparse las mas funestas consecuencias. Allí está la historia de todos los paises y de todos las épocas que lo confirma plenamente.

Verdad es que las tropas de García Granados no estaban mejor disciplinadas ni los oficiales eran mas instruidos que en el ejército del gobierno; pero tenian sobre este dcs grandes ventajas; la primera en las armas pues los revolucionarios llevaban rifles de la última invencion, enteramente desconocidos por las tropas de Guatemala; y la segunda, que sus fuerzas estaban compuestas de soldados voluntarios, mientras que las del gobierno todos servian á la fuerza y muchos simpatizaban con la revolucion.

Traslademonos ahora al teatro de la lucha para contemplar el espectáculo de las victorias que fué obteniendo el ejército revolucionario hasta reducir á polvo aquel poder despótico que se creia eterno, haciendo volver á la nada á los hombres que lo personificaban, entidades orgullosas, gastadas y nulas, cuyo larguísimo período de mando costó á su patria tantos dolores.

XIX.

Despues de algunas correrías é insignificantes encuentros entre las fuerzas revolucionarias y las del gobierno, vino á tener lugar la primera refriega de importancia en la villa de Retalhulea el dia 14 de Mayo.

El Corregidor y Comandante general Cardenas no teniendo fuerzas suficientes que oponer á las de G. Granados y queriendo evitar los perjuicios que se seguirian á la poblacion, abandonó la plaza y autorizó á algunas personas para que yendo á encontrar el ejército revolucionario, dijesen á los gefes que podrian ocuparla pacíficamente con la seguridad de no ser atacados; así lo hicieron en efecto; pero como Cardenas encontrase á poco andar el refuerzo que le traia Ruano, sin atender á lo que habia ofrecido, ni al peligro de los que fiados en la palabra garantizaron á G. Granados que no se le atacaria, ni tampoco á los males que su conducta iba á traer

sobre la poblacion, emprendió el ataque contra las fuerzas revolucionarias que ocupaban la plaza.

Desprevenidas estas se vieron en gran apuro y aun se dispersaron en parte, pues uno de sus gefes, D. Hérculano Afre, casi al oir los primeros tiros abandonó su tropa, se puso en precipitada fuga y no paró hasta la primer poblacion mexicana, á donde llegó contando despavorido la derrota del ejército de la revolucion; mientras este se ceñia la corona del triunfo.

Afortunadamente no todos los gefes eran por el estilo de Afre: compelidos por las palabras y por el ejemplo del general Barrios hicieron heróicos esfuerzos para reunir á su tropa, neutralizar los efectos de la sorpresa y tomar luego la ofensiva, terminando con una victoria completa.

En esta refriega quedaron fuera de combate 80 hombres, se incendiaron 308 casas y los vencedores, consiguieron ademas del aliento moral, dejar enteramente destruida aquella fuerza del gobierno y aumentar con las que avanzaron, el número de sus armas.

Dirigiéronse en seguida los gefes de la revolucion á San Martin y de allí entraron á la Antigua, ciudad importante que les abrió las puertas con entusiasmo. Ya en esta marcha hubo de acrecentarse el número de sus tropas con la gente que voluntariamente acudia á engrosarlas, de todos los puntos de la República.

Seguidas, sin embargo, de cerca con una fuerte brigada por el general Calonge, abandonáron la Antigua y contramarcharon rumbo al Chiché. En este lugar viéronse obligados á detenerse, trabándose nuevo combate entre ambos belijerantes. Animados con el triunfo de Retalhulea los revolucionarios lidian con ardimiento en tanto que los del gobierno, que van contra su voluntad y que solo esperan ocasion para desertar, lo hacen con ánimo decaido, cundiendo entre ellos bien pronto el desorden, sin que nada baste para impedir su conpleta derrota. Pasaban de 800 hombres los de Calonge y casi todos se desbandaron, sufriendo considerables pérdidas entre muertos, heridos y prisioneros, asi como en pertrechos y arreos de campaña.

Cási al mismo tiempo que la accion del Chiché, ocupaba Mendez-Cruz á Quezaltenango, la segunda ciudad de la República, donde el gobierno tenia un ejército de mas de mil hombres. Este suceso fué fruto de un arrojo verdaderamente temerario y que solo puede justificarse con el buen éxito que obtuvo Mendez-Cruz: teniendoa penas ciento y tantos hombres se aproxima con ellos á Quezaltenango é intima al ejército que allí habia que se rinda ó que desocupe el puesto; y era tal la desmoralizacion de las tropas del gobierno y tanta la cobardia é inutilidad de sus gefes, que se apresuraron á abandonar la plaza á un enemigo diez veces menor. Despues de haberse provisto de los recursos que nesesitaba

el ejército revolocionario salió de la ciudad, evitando que el del gobierno, pasada la torpeza, volviéra volviera sobre su pasos y lo comprometiera á soscener un desporporcionado combate.

D. Miguel García Granados, que por respeto al gran número de tropas que allí habia, evitaba antes aproximarse á Quezaltenango al saber el buen suceso de Mendez Cruz y ya con el aumento de tropa y armas que le proporcionó el triunfo del Chiche, marchó para aquella ciudad que de nuevo abandonaron las amedrentadas tropas del gobierno.

Antes de esto habíase estendido una acta en Patricia firmada por el general Barrios y varios oficiales del ejército, nombrando presidente provisorio de la República á D. M. G. Granados.

Con los recursos que pudieron proporcionarse en la ciudad de Quezaltenango, se aumentó el ejército y se mejoró su modo de ser, proveyéndolo de vestuarios y demas cosas indispensables.

El general Cerna y su ministro procuraban entretanto, improvisar á toda prisa elementos de resistencia, reuniendo tropas y ejecutaudo aprestos para la suprema lucha que tenian que sostener; oponiendo al torrente de la opinion que sobre ellos se desbordaba la obcecada temeridad y el capricho de la desesperacion.

¡Así son ciertos hombres! El principio real y verdadero que los guia es defender los honores que

disfrutan y los puestos que ocupan, aun cuando cueste á los pueblos llanto y sangre, aunque la sociedad sufra cruelmente. Incapaces de un acto de abnegacion, dejan mas bien que todo se arruine y desquicie, antes que resignarse á perder una posicion conquistada á menudo por medio de innobles manejos ó viles intrigas.

Reunió sucesivamente el presidente sus tropas en Solalá, y él mismo en persona se puso á su cabeza, moviéndose con direccion á Totonicapan en busca ce sus enemigos.

El general Barrios y los suyos ocupaban con anterioridad las alturas llamadas de Cochon, á dos leguas de esa ciudad, en el camino real de Quezaltenango.

Avistaronse ambas fuerzas; pero aun cuando las de Cerna eran mas lucidas en apariencia, se palpaba su falta de organizacion y de entusiasmo: motivos para contener el ánimo de cualquier general, mucho mas de Cerna, hombre prudente en la guerra, y á quien los riesgos se representaban abultados. Detuvo el ataque varios dias, mostrando así desaliento antes de emprenderlo, é hizo que permanecieran frente á frente los dos ejércitos, cual si midiesen sus fuerzas ó se preparasen al combate, combinando el uno su movimiento ofensivo; aguardando el otro en sus posiciones.

Animándose por fin el general Cerna á acome-

ter á sus adversarios, dividió su gente en tres columnas, haciéndolas avanzar de modo que obraran sobre ellos simultáneamente; mas cometiendo el gravísimo error de mantenerlas divididas sin enlace alguno.

La posicion que las fuerzas liberales ocupaban era formidable: componíase de unas alturas que descendian en declive gradual, presentando, con algunas ligeras obras de defensa que se habian improvisado, un apoyo perfectamente sólido no solo para resistir con éxito, sino para ejecutar las maniobras necesarias, ya de reforzar los puntos comprometidos, ya de emprender ataques ofensivos.

Las tropas allí establecidas en actitud de combate, ansiosas esperaban á sus contrarios.

Presentáronse éstos, comenzando desde luego á tomar sériamente sus disposiciones para dar una accion en regla: forma primero el general Cerna un cordon de tiradores, los hace seguir por el grueso de sus tropas y así avanzaron resueltamente; pero ante el fuego de los liberales, sobre ellas concentrados y admirablemente sostenidos, se vieron forzadas á desplegarse en líneas irregulares de batalla.

El combate se emprende por todas partes.

Las liberales se mantienen en la mas absoluta defensiva, reforzando los puntos donde sufren mayores destrozos ó donde el enemigo carga con mas brio, oyendo los gritos de éste y sufriendo su fuego sin dar la mas ligera muestra de temor.

Empeñada mas vivamente la accion, los soldados de Cerna tratan de escala las alturas; pero detenidos en su marcha por una lluvia de proyectiles, ondulan, vacilan, serpentean como un hilo y retroceden, desprendiéndose al mismo tiempo sobre ellos los liberales, que se adelantan ciñéndolos ó estrechándolos en un círculo de hierro y de fuego. En vano entra una línea de reserva para prestar á los fugitivos un abrigo, reorganizarse y volver á la pelea nada contiene el arrojo de los liberales, en cuyo campo brilla ya el relámpago de la victoria, logrando consumarla con la desordena de fuga de sus adversarios.

Esta batalla casi vino á resolver la contienda, porque ademas de enaltecer la moral de los pronunciados, quedó ahí vencido el único ejército del gobierno.

Las fuerzas derrotadas de Cerna se replegaron precipitadamente, caminando á la ventura. Huyendo azoradas de la persecucion, llegaron á Patricia á costa de grandes esfuerzos, pero en un estado espantoso de desconcierto. Temerosos, sin embargo, de ser nuevamente atacadas, se dirijieron á la Antigua, y no considerándose seguras allí tampoco, prosiguieron su marcha con ánimo de ir á cubrir la capital.

Los liberales iban en pos de ellos deseosos de consumas su ruina; pero perseguidos de cerca por sus contrarios se vió Cerna compelido á presentar nueva batalla en el pueblo de San Lúcas.

A lavistarse ambos ejércitos, despliegan los liberales una larga cadena de tiradores con sus respec tivos sostenes, para cubrir y abrazar el campo enemigo con sus fuegos; mientras los de Cerna, abrigados por las casas,, los árboles y quiebras del terreno, se preparān á la defensa con el ardimiento de la desesperacion. En este órden trábase el combate casi cuerpo á cuerpo.

Los liberales atacan con el brio que les infunden las ventajas obtenidas y la certidumbre del triunfo, y los del gobierno á su vez se sostienen con tezon, comprendiendo que en tal lance se juega decisivamente la suerte de su causa; pero cejan éstos al fin, y en las filas del gobierno cunde el desórden. En vano varios cficiales hacen esfuerzos supremos por restablecer el combate ó al menos ejecutar una retirada en regla; sus soldados, sobrecojidos de terror, dominados por nna especie vértigo, tiran fusiles y cartoocheras desbandándose en todas direcciones. La dispersion fué general. El ejército triunfante recoje muhcos trofeos, gran número de prisioneros y todo el material del enemigo.

Esta accion á que concurrió el general Solares con la fuerza que habia podido organizar en favor de la revolucion, debia ser y fué, en efecto, la última de la campaña, porque el gobierno no contaba ya con soldados para sostenerla.

XX.

Despues de estas victorias, el ejército libertador, sin enemigo ya á quien combatir, marchó sobre la capital.

La noticia de la última derrota sufrida por Cerna habia cundido en ella con la llegada de los primeros dispersos. El miedo y la consternacion se pintaban en el semblante de los partidarios del gobierno. En sus oidos la hora suprema de la tiranía sonaba de una manera siniestra, y solo pensaba en apelar á la fuga para salvarse del furor popular.

Todo era por el contrario gozo y entusiasmo en la masa de la poblacion. Ricos y pobres, sabios é ignorantes, mujeres y niños, la sociedad casi entera expresaba de mil modos su adhesion al movimiento

que acababa de triunfar. La nueva era que el pais se abria con las ideas liberales, en la imaginacion pública engrandecidas, las ardientes aspiraciones hácia otro órden de cosas del cual todos esperaban ventura y prosperidad para la patria, venian obrando de consuno para inflamar los espíritus, abandonándose al seductor ensueño de radiante porvenir.

Bajo tales auspicios habíase firmado en dias anteriores, por los mas influentes ciudadanos de la capital, una representacion al gobierno, que equivalia á verdadera acta de pronunciamiento, pues en ella se le exigió con imperio su inmediata retirada del poder. Esta representacion pasó al Consejo de Estado dando allí lugar á acalorados debates pero ese cuerpo no llegó á tomar resolucion alguna, porque los acontecimientos venian ya precipitándose con harta rápidez.

La vanguardia del ejército libertador se presentó en efecto á las puertas de la ciudad, y en tan apremiantes circunstancias, dominados por el terror los miembros del gabinete, solo pensaron en enviar al general García Granados los representantes de los Estados-Unidos, Francia é Italia, con su renuncia voluntaria, y el encargo de obtener condiciones para ellos favorables.

Reunióse al propio tiempo el ayuntamiento y le-

vantó una acta de adhesion, que fué presentada por una comision especial.

El Sr. García Granados recibió ambas comisiones con afable continente: para todos ofreció seguridades y garantías. La bandera de la libertad, al enarbolarse victoriosa, cubria á sus propios enemigos, y su primer destello era un perdon, una promesa de concordia.

Al dia siguiente de estos sucesos hizo su entrada triunfal el ejército libertador.

Prevenidos estaban todos para acojer espléndidamente á aquellos soldados, que traian sus pendones llenos de laureles, y que con tan feliz resultado habian defendido la causa de la justicia.

La capital se habia despertado engalanada, bañada en luz, radiante de alegría; pareciendo que el alma se ensanchaba en ese ambiente de voluptuosidad que se respira en un dia hermoso y en medio del regocijo público.

Desde la garita de Buena-Vista hasta la plaza mayor, es decir, en un espacio de cerca de media legua, las plazas y calles estaban sembradas de flores y los edificios adornados con emblemas ó diversas alegorias. Resonaban en su tránsito las aclamaciones de innumerable multitud, que por calles y plazas circulaba, al mismo tiempo que los balcones y tejados se

hallaban coronados de espectadores rebosando de contento. Pintoresco y variado era el golpe de vista que ofrecia aquel cuadro.

Habiéndose puesto en marcha las diversas secciones del ejército, comenzó el desfile, llevando sus músicas á vanguardia y sus pabellones desplegando al viento sus hermosos colores.

De todas las ventanas, ocupadas por las familias mas notables, caian con profusion sobre los vencedores coronas y ramilletes: las señoras, los saludaban agitando sus pañuelos; y á cada momento se oian por donde quiera vivas entusiastas.

Magnífica fué la ovasion hecha al ejército, como digno homenaje de un pueblo patriota y agradecido.

Tomó en el acto posesion de la presidencia el Sr. Granados con las protestas y ceremonias acostumbradas en tales casos. En sus manos quedan ya las riendas del gobierno y comprometido está á manejarlas de modo que se realice el objeto que los pueblos se propusieron al hacer la revolucion.

Para cumplir su compromiso y llevar á término la árdua empresa de reconstruccion, el nuevo gobierno debe adoptar una política sabiamente reformadora que satisfaga en lo justo las exigencias de la escuela liberal, sin chocar con los buenos principios conservadores; usando de indulgencia con el

error, pero mostrándose intransigente con el crímen; tolerando todas las opiniones, pero reprimiendo con entereza los mas leves conatos de trastorno; respetando las garantías individuales, pero sin dejar que á su sombra se organisen conspiraciones; concediendo á la prensa amplísimas franquicias, pero sin permitir que degeneren en deplorables abusos; y tomando por guia los deberes en vez de los intereses, el patriotismo en lugar de las conveniencias egoistas y la razon en vez de los estravios que suelen acompañar á los hombres de partido.

Esta es en efecto, la única manera de constituir un gobierno sabio por sus leyes, recto por sus intenciones, fuerte por su energía, capaz de establecer una órden de cosas que proporcione á los pueblos adelanto y grandeza. Un gobierno que colocado en esfera superior á todos los bandos, no sucumba bajo su dependencia, sino que por el contrario mantenga á raya tanto al espíritu demagógico como al espíritu retrógrado, haciendo que la libertad se convierta en positivo bien y consoladora realidad: un gobierno en fin que sea egida del honor, emblema de la justicia, fiel balanza de equilibrio entre los derechos particulares y comunes, astro en el zenit, que distribuya su luz en todos los ámbitos de la nacion.

Debe tambien el nuevo gobierno esforzarse en procurar que los inmensos tesoros de aquel suelo pri-

vilegiado se esploten y se defiendan, y en dictar todas las medidas que la cultura del siglo hacen urgentisimas y necesarias.

Así, la unidad de pesos y medidas: el establecimiento de líneas telegráficas: la construccion de caminos de fierro; la mejora de los carreteros existentes y la apertura de otros nuevos: la formacion de academias científicas; históricas y literarias; de museos y bibliotecas públicas; la fabricacion de nuevos edificios, y el ornato ó embellecimiento de las ciudades: la redaccion de códigos que arrojen brillante luz en ese informe cáos de la antigua legislacion y desenreden la confusa maraña de los procedimientos judiciales, dándoles unidad y armonía: la propagacion de la enseñanza en grande escala, segunda naturaleza de los pueblos cultos: la reorganizacion de la hacienda, basada en buenos principios ecónomicos, que restauren la confianza y el crédito, capital inagotable de las naciones: el perfecto arreglo del ejército, salvaguardia del órden, de la honra é independencia de la patria: la promulgacion de leyes fundamentales, donde se garanticen los derechos del ciudadano, se vigorizen los principios del respeto á la autoridad, y se consagren las fecundas doctrinas de la domocracia; tales son los objetos de altísima cuantía á que el gobierno de Guatemala debe consagrar sus trabajos para coronar la obra iniciada por la revolucion.

¡Ojalá á ello se encaminen sus afanes y desvelos, como suprema autoridad encargada de amparar, proteger é impulsar el progreso nacional! Bello será el edificio si llega á concluirse. Entonces, abriéndose para la República un camino anchuroso, su marcha por él será tranquila y soscgada, como la corriente de un rio que derrama la fecundidad en las riberas que baña, ó como los astros en el espacio que recorren su órbita con admirable órden, armonia y magestad.

XXI.

Hemos trazado á grandes pinceladas el estado que guardaba Guatemala, las causas que produjeron la revolucion, su desarrollo y los bienes que puede producir: réstanos solo esponer ahora algunas otras reflexiones que tienden á asegurar el bienestar de ese hermoso pais, valiosa joya del continente americano!

En la díficil empresa de su regeneracion, deben ante todo arrojarse en la fosa del olvido los pasados desaciertos, así como procurar que en ella tomen parte hombres superiores por la nobleza de sus miras, el vigor de su raciocinio, el desinteres de su patriotismo, la elevacion de su carácter y el fuego de su alma. De este modo podrá con facilidad esta-

blecerse un régimen legal y ordenado, en vez de los horrores del despotismo, sistemar el gobierno bajo bases de moralidad, y mejorar todos los ramos administrativos de acuerdo con las necesidades de la época.

No mas centralizacion del poder en manos privilegiadas; no mas esa sustitucion del capricho de los gobernantes á la majestad de las leyes.

Importa al propio tiempo emplear mucha templanza con los hombres del régimen derrocado, pues es gravísimo error suponer que la libertad se consolida haciendo verter lágrimas ó derramando sangre. Ella, que es la razon y la justicia, debe inspirarse por medio del amor y del convencimiento; nunca por medio de las venganzas y las crueldades. Con los primeros se sujeta á las almas, con las segundas se recrudecen las pasiones. Y así, apaciguada la tempestad, renacerá la calma dejando ver en magnífica prespectiva el órden y el progreso, representados por el génio de la libertad volando hácia el porvenir con sus grandes alas estendidas sobre el espacio.

Todos sabemos que no hay bienes enteramente puros en la tierra. Los mejores principios llevados al exceso, de transformasion en funestos vicios: la magnanimidad llega á convertirse en estravagancia, la caridad suele conducir á la ruina. Lo mismo

ser la autoridad; su empeño constante destruirla; esperando de este modo entregarse sobre montones de ruinas á la loca algazara de groseras orgías. En todas las épocas de su historia fué siempre acompañado su planteo con eterno semillero de disturbios, atentados y escándalos que han sumergido á los pueblos en un mar de delirios y catastrofes.

Debe, pues, aceptarse la democracia, como conquista preciosa sobre el tiempo y adelanto positivo en la marcha de la humanidad; rechazando enérgicamente á la demagogia como el elemento de retroceso y causa de desastres é infortunios.

Cuando en tiempos apacibles la démograica impera, marcha arreglada la máquina social, porque se escucha la voz solemne y augusta de la razon. Pero, si estraviados los hombres con el vértigo demagógico, se lanzan á la tortuosa carrera de las revueltas, inútiles son cuantos esfuerzos se hacen por contrarestar el torrente. La esperanza de medrar pone en movimiento á los ambiciosos; gente abyecta sale de la oscuridad para obtener parte en el despojo, y todos se arrojan á cometer atrocidades desconociendo los escrúpulos que sirven de freno á los buenos.

Esos movimientos desatentados pasan como un huracan sobre los pueblos. En sus crisis convulsivas, siempre la arbitrariedad ocupa el puesto de la ley, y las pasiones el del raciocinio. En lugar de

pueblos. Los hombres de progreso no solo trasladan á la esfera de los hechos los planes de reforma que nuestros antepasados nos legaron, sino preparan á su turno para nuestros pósteros otro legado del mismo orígen.

La idea progresista no es únicamente el espejo que refleja la sociedad; es tambien el telescopio que descubre mundos lejanos y luminosos. Esa concatenacion de trabajos, que las generaciones sucesivamente se trasmiten, establece la solidaridad que hay entre ellas en la tarea del perfeccionamiento del humano linaje. Esto confirma á la vez que todo sigue un órden prescrito, y que nunca debemos anticiparnos á la verdad con la ilusion; ni al tiempo con la impaciencia, si queremos que nos acompañen el acierto y la sabiduria.

Desgraciadamente, sin embargo, déjase el alma seducir á menudo por utopías impracticables, buscando lo maravilloso en lugar de lo natural; y los partidos en el ardor de sus aspiraciones, procuran adelantarse con fatal precipitacion mas allá de los límites debidos, alejándose entonces de ellos, puesto que todo crecimiento ha de recorrer fases regulares, y tiene sus condiciones rigurosas de armonía.

Las teorías improvisadas en el vacío, fundadas en quiméricos principios, aplicadas sin criterio ni filosofía, son el escollo de las ideas de positiva mejora, ocasionando el desquiciamiento de la sociedad. Un

inmoderado deseo de extirpar cuanto la esperiencia ha sancionado como bueno, por solo su anti guedad, es signo infalible de frenesí revolucionario. Tratan por tales medios los energúmenos de la política de asaltar el gobierno para hacer prevalecer la tiranía de sus pasiones, edificando en el aire, porque efímeras tienen que ser las instituciones que no cuentan con robustas y sólidas bases.

En vez entonces de asegurar el predominio de la democracia con sus grandes virtudes y conquistas reuniendo á los ciudadanos en lazo fraternal, á nombre de su reposo y bienestar, se abre la puerta á la demagogia, es decir: á la ausencia de todo gobierno y de todo órden, la cual desencadenando las mas ruines pasiones, se presenta como la bandera de cuanto abriga la sociedad de mas abyecto, brindando á sus secuaces con el cebo del despojo de los vencidos........

CONCLUSION.

Nunca debe confundirse la democracia con la demagogia, ya que entre ellas existe un abismo inconmensurable

Es la democracia aquella forma de gobierno que tiene por base la soberanía de la nacion. El pueblo se considera que gobierna por sí mismo ó con delegados que elige por tiempo determinado. Debe, pues, reputarse un progreso de la humanidad, una de las fórmulas de la civilizacion, teniendo que conducir, tarde ó temprano á los pueblos á su mayor perfeccionamiento, en medio de los funerales del despotismo.

La demagogia es la negacion del progreso, la negacion de todo órden así en las ideas como en los hechos. Gobierno de turbas desenfrenadas, ni fórmula ni acierta á constituir nada, porque es la anarquía, el desórden, el crímen. Perversa en sus intenciones, arrebatada en sus actos, lejos de producir bienestar á la sociedad, solo sirve para quitarle el que disfruta. Su dogma fundamental es escarne-

acontece en el mundo político: el sosiego del despotismo se asemeja á la inmobilidad del mar muerto, como la furia por innovaciones á las tempestades del océano.

El que pretende reformarlo todo de un golpe, solo ejecuta obra de destruccion. El tiempo parece ser el mejor elemento de la verdad. Exijir la verdad definitiva en un dia, seria exigir á la naturaleleza mas de lo que puede dar. Arrójase una semilla en la tierra, brota una planta, y vá creciendo hasta convertirse en árbol lleno de frondosidad, cargado de regalados frutos. Con pasos igualmente lentos se erige el grande edificio social trascurriendo años dara que adquiera esa solidez que debe perpetuarlo.

Es de creerse que esta ley constante en el modo de ser de las cosas, sepa infundir al pueblo guatemalteco esperanzas, á la par que moderacion. Esperanzas, porque incesantes son los progresos que hace la humanidad cuando camina por buena vía. Moderacion, porque todo patentiza cuán nocivos é infructuosos son los pasos que tienden á violentar la marcha de los acontecimientos.

No recordamos qué escritor ha dicho que, basta percibir los vastos horizontes que la ciencia social ha abierto á la inteligencia, para penetrarse de lo dilatado que es el campo donde vá desenvolviéndose el pensamiento regenerador en el seno de los

juzgar á los hombres, se les proscribe; y en vez de desarrollar un plan lógico cualquiera, se entroniza el mas absoluto desconcierto. A un tiempo invocánse, en efecto, todos los principios, se recurre á todas las teorías y se ensayan todos los sistemas en medio de la relajacion de los vínculos sociales. En su insensato frenesí todo lo sacrifican los partidos á sus bastardas aspiraciones por apoderarse del poder, vengan resentimientos, ó sacian ódios enconados; y perpetuando la confusion, perpetúan la tiranía que es el gérmen de ella, causan la muerte de los individuos, la ruina de las familias, y el estupor sombrío de las conciencias........ Y pervertida de esta manera la sociedad por el desenfreno de los vicios, orillada á negros é inevitables precipicios, se aleja del hermoso camino de la virtud y de la civilizacion....

En estremo desgraciado seria el país, si al arribar á puerto de salud, en vez de consagrarse á la obra de su reconstruccion, tuerce su rumbo, y deja chocar unos contra otros, ciegos é impacientes, los intereses privados, los cálculos y personales ambiciones. Un cúmulo inmenso de males con su fúnebre cortejo de pérdidas irreparables en sangre, inteligencia, fé y confianza, será la consecuencia precisa é indispensable, naufragando sus legítimas esperanzas de risueño porvenir.

¡Dios proteja á ese noble pueblo, é ilumine á sus gobernantes para guiarilo por la senda de su felicidad!

Hoy que la felicidad despunta por el horizonte de los pueblos, queremos que nuestro continente sea sol radiante de gloria. No lo olvidemos: la libertad es tranquila como la sabiduría, elevada como la razon, vigorosa como la fuerza: inteigencia que juzga, boca que hace resonar grandes pensamientos, mano que ejecuta nobles acciones: las tablas de la ley le servin de egida, y se apoya en la prudencia, la equidad y la justicia: protectora de la agricultura, del comercio, de la industria y de la prosperidad, difunde la riqueza y propaga el bienestar: reguladora de los pueblos, los levanta de la servidumbre, les dá derechos, enaltece su dignidad y los regenera con su benéficas doctrinas: su reinado es, en fin, todo amor, proteccion y garantías. Tal es la libertad cual nosotros la concebimos, como deseamos que brille en América para llenar su mision providencial.

México, Noviembre le 1872.

FEDERICO LARRAINZAR.